
Las CARTAS que
JOSEPHINE
jamás entregó
Juliana Cartland
Selecta

Las cartas que Josephine jamás entregó

Juliana Cartland

Selecta

A mi madre que apoya todo lo que escribo, aunque no haya leído ni una jota. Y a Rose Márquez, mi lectora número preferida y quien siempre anda pendiente de mí, y espero algún día conocerla en persona.

Capítulo 1

Inglaterra, 1805

Josephine sintió el tirón de la mano de su madre, quien la arrastraba casi a la carrera, tratando de seguir el paso de las largas zancadas de su padre y del mayordomo que encabezaba la marcha.

—No te distraigas —murmuró su madre apretando los labios con un gesto severo para que Josephine se despejara y dejara de observar el movimiento a su alrededor. Desde que habían entrado en las inmediaciones del castillo de Walton Hill, ella se distraía con mucha facilidad. La majestuosa edificación estaba en plenas remodelaciones después de haber sido ocupada por el nuevo conde y su familia.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se detienen? —masculló su padre a baja voz, mirándolas de reojo. Estaba agitado por cómo los observaba el hombre de saco y levita negra. Su madre hizo un gesto hacia su hija, y ella le sonrió, pero su padre fue más rápido y tomó su mano.

—Cariño, no podemos hacer esperar a lord Ashworth —dijo advirtiéndole con amabilidad. A pesar de que Josephine era tan distraída, su padre jamás la regañaría, como esperaba su madre.

Era una calurosa tarde de verano a finales de junio, y la modesta

vida de Josephine Gray y su familia daría un giro trascendental que cambiaría su destino para siempre. Ella asintió y, afianzando el agarre paternal, dejó que él la guiara, sin dejar de asombrarse con todo lo que veía, sobre todo los criados que colgaban grandes y hermosos cuadros en las paredes blancas y vacías.

De repente se detuvo al ver uno en particular que le llamó la atención. Era el retrato de un joven alto, apuesto e imponente cuya expresión le dio la sensación de que la miraba directamente a ella.

—¡Josephine! —Su madre llamó de nuevo su atención y tuvo que volver a despejarse, aunque miró de reojo hacia atrás donde un criado pulía el marco dorado del cuadro del joven galante.

—Vamos, ya los conocerás en persona —repuso su padre sin aminorar el paso doblando con su zancada el de su esposa, quien también les siguió, apurada en su largo recorrido por la galería, casi persiguiendo al mayordomo que no se detenía por nada en el mundo. Tenía el encargo de llevarlos al salón primaveral del castillo, donde los esperaban para una presentación formal. En los años siguientes, ellos serían los encargados de confeccionar la ropa del conde y de toda su familia. Un honor, con el que habían sido bendecidos.

Los padres de Josephine, el señor y la señora Gray, gozaban de una reputación intachable como sastre y costurera del condado de Survey, y debido a ello, fueron requeridos con bastante premura en el castillo de Walton Hill por sus nuevos ocupantes: el conde Everet Ashworth y su familia, compuesta por la condesa Florence y sus hijos William, de dieciocho años; Nicholas, de dieciséis; y Eveline, de catorce. Fue William, en particular, quien iluminó la mirada de Josephine solo con verlo en el cuadro.

Finalmente llegaron al gran salón deteniendo su apurada marcha frente a las dobles puertas, que el mayordomo se encargó de abrir,

anunciando la llegada. Ambos, él y su mujer se tomaron de las manos, y ella también la de Josephine, quien notó que la de su madre sudaba en extremo.

—El señor los espera —informó el hombre de impecable levita.

Josephine permaneció al lado de su madre, quienes se quedaron dos pasos por detrás. Él hizo su presentación intentando que no le fallara la voz, algo que solía ocurrirle cuando se ponía nervioso al estar frente a personas de gran abolengo. Debido a su baja estatura, ella solo pudo atisbar algunos rastros de las personas que estaban allí en el salón mientras el conde los presentaba. Así supo el nombre del conde, de su esposa y el de sus hijos; sin embargo, el nombre de William fue el único que retumbó en su cabeza.

—Gracias por atender mi llamada, señor Gray; me han dicho que es un excelente sastre y su esposa una buena costurera —habló el conde Everet, y su voz resonó en los oídos de la niña.

—Y estaremos a sus órdenes para vestirlo a usted y a su amable familia todo el tiempo que lo disponga, mi señor —repuso su padre con un eco tembloroso en la voz.

—La condesa también estará encantada de ello —adujo el conde, quien parecía mirar detrás de él—. Veo que tiene una niña, ¿y por qué se esconde allí detrás? A mi querida Eveline le encantará poder encontrar una nueva amiga —agregó.

Su madre, ante las palabras del conde y con el consentimiento del señor Gray, hizo que Josephine se acercara a donde todos pudieran verla, y le hizo un gesto con el rostro y la cabeza para que mostrara los modales en los que habían estado trabajando las últimas semanas desde que se enteraran de tan grande providencia. Josephine hizo una reverencia, doblando la mitad de su cuerpo y agarrando las faldas de su vestido, lo que provocó algunas risas entre los asistentes. Eso la enojó, así que levantó el rostro y se

encontró con la cara regordeta de un muchacho que no le resultó agradable. Ella le frunció el entrecejo al descubrir que él era quien se estaba riendo. Este le sacó la lengua, aprovechando que estaba muy atrás, a espaldas de todos.

Sin embargo, ese instantáneo bochorno para ella también resultó ser el momento más fortuito y fugaz. El hijo mayor del conde y su hija se pusieron frente a ella. El joven solo la observó con curiosidad y siguió de largo para sentarse en un diván. En cambio, la jovencita se detuvo frente a Josephine, sonriéndole.

—Mi padre tiene razón. ¿Qué edad tienes? —le preguntó.

—Tengo doce, milady —respondió recordando las lecciones de su madre, que se las hizo aprender a rajatabla sobre cómo debía dirigirse a todos ellos.

—Yo tengo catorce, pero estoy segura de que podemos llevarnos bien, ¿verdad, mamá? —dijo lady Eveline girándose para ver a su madre.

—Por supuesto, si no le molesta a su madre —repuso la condesa.

—De ninguna manera, mi pequeña Josephine estará encantada de acompañar a lady Eveline el tiempo que lo considere —manifestó su madre con la voz emocionada.

—¿Entonces puedo llevármela? —preguntó Eveline con un tono caprichoso en la voz.

—Adelante, los adultos tenemos de qué hablar —habló el conde favoreciendo la petición de su hija.

Josephine solo sonrió, qué era lo único que sus padres le dijeron que debía hacer, y se dejó llevar por Eveline. No obstante, al cruzar su mirada con el joven molesto y regordete, su semblante se ensombreció hasta el enojo por burlarse de su presentación.

Capítulo 2

Había transcurrido un mes desde que los Ashworth se instalaron en el castillo de Walton Hill, donde la torre del homenaje se alzaba con imponencia, señoreándose en la fortaleza como un faro desde lo alto de la colina. También el mismo tiempo desde que su madre la había ofrecido con todas sus galas para servirle de compañía a la señorita Eveline, quien, aunque dos años mayor, se comportaba como una niña mimada y caprichosa de menos edad. Esto hacía pensar a la pequeña Josephine que ella nunca había sido tan infantil. A pesar de que su padre siempre trataba de consentirla, su madre la instaba a comportarse como una adulta, lo que hacía un gran contraste en su vida.

Muchas veces, Josephine quedaba exhausta después de acompañar a Eveline en sus variadas lecciones de la mañana y la tarde, que incluían modales, aprendizaje, música y bordado. Aunque debía permanecer a su lado como una obligación, la clase de aprendizaje de las mañanas la entusiasmaba. Y asistía con gran emoción gracias al beneplácito del conde Everet, quien no se opuso a que ella también aprendiera a leer y escribir, recibiendo como regalo su primera pluma y papel, en el que plasmaba con su puño y

letra lo aprendido.

Aunque regresaba a casa de sus padres casi arrastrando el alma después de un día tan ajetreado, lo que la hacía feliz era poder plasmar sus primeras palabras en el papel. Se regodeaba para sus adentros porque, a pesar de que Eveline recibía las lecciones con suma dedicación por parte de la tutora, a menudo le costaba más aprender, e incluso su letra avergonzaba a la profesora Blanche, mientras que a Josephine la felicitaba por sus progresos en su caligrafía. Lo hacía de forma comedida para no agraviar a su alumna privilegiada. Josephine no lo notó, pero estas minúsculas deferencias empezaban a hacer mella en el ánimo de Eveline, quien no era tan torpe como para no darse cuenta de que la pequeña de doce años aprendía rápido y era más inteligente que ella. No obstante, Josephine ya había aprendido a leer y escribir con anterioridad gracias a su padre, y las lecciones que compartía con Eveline solo la hacían más ávida en ambas tareas.

Era viernes, y la clase de bordado había acabado. Como en los días anteriores, ella se preparaba para tomar el té con Eveline, para luego terminar la tarde y sus obligaciones como su dama, admirando su colección de finas muñecas importadas. La señorita las había traído con ella y solo le dejaba verlas para que no terminara arruinándoselas, ya que las consideraba demasiado valiosas, algo que a Josephine le resultaba gracioso dada su edad. Sin embargo, ella nunca tuvo muñecas tan costosas, y las que poseía se las había cosido su madre, quien también la enseñaba a coserles su propia ropa. Pero ese hábito había ido cambiando desde que la profesora Blanche le obsequió, por su buen desempeño, su primer libro, el cual atesoraba con mucho cariño.

Se llamaba *La balada del viejo marinero*, de Coleridge. A Josephine le sorprendió tanto la historia que la leía una y otra vez.

Unas veces triste por la maldición del anciano y otras contenta, porque su tragedia dejó una gran lección que sería aprendida y repetida por el viejo como penitencia para que no le volviera a ocurrir a nadie más.

—Ya te puedes ir —le dijo Eveline, sorprendiéndola.

—¿No quiere que la acompañe a ver cómo peina a sus muñecas? —preguntó impostando su interna emoción.

—No, debo prepararme para tocar el piano esta noche. Mi padre tiene invitados y no es necesario que me acompañes.

—Entonces, deseo que le vaya muy bien —dijo conteniendo su felicidad.

—No es un recital, pero mi padre espera que de lo mejor de mí. Además, pronto será mi fiesta de presentación, y la señora Gray estará encargada de que brille por encima de todas —adujo mostrándose un poco engreída.

—Mi madre se esmerará mucho, no lo dude señorita —dijo Josephine mostrándose muy efusiva por el gran talento de su progenitora.

Eveline le dedicó una media sonrisa, como si quisiera decirle algo, pero al final se lo guardó.

—Ya puedes irte y mañana solo ven por la tarde.

La siguiente noticia la sorprendió todavía más, para bien. Sin embargo, disimuló su ya desbordante alegría para no preguntarle la razón, porque, sea cual fuera, a ella la tenía sin cuidado. Extrañaba volver a tener tiempo solo para ella y para dedicarse a escribir.

Eso la hizo apretar el bolso de tela que llevaba cruzado al hombro, del cual no se desprendía, y en el que guardaba su valiosa pertenencia. Papel y pluma que le había regalado el conde como muestra de aprecio por acompañar a su hija. Recordó con algo de rubor en sus mejillas que, de sus primeros escritos, la mayoría

estaban dedicados a William.

—¡Como usted diga, milady! —expresó conmocionándose un poco por ello, y luego de hacerle una reverencia, de inmediato se apresuró a salir de allí, abriéndose paso muy contenta entre la servidumbre que encontraba en su camino, escapando rápido antes de que Eveline se arrepintiera, y deteniéndose solo al llegar al jardín para tomar aliento por la carrera.

Una vez allí, un fortuito hallazgo le impidió retomar su camino. Era William, recostado en uno de los bancos junto a la fuente, cuán largo y esbelto era, con un libro cubriéndole la cara. A Josephine le dio la impresión de que tomaba una siesta y la posición en la que estaba la hizo reír. Se contuvo de hacerlo y decidió pensar mejor en lo que escribiría de él después. No obstante, terminó asustándose al sentir que había alguien detrás de ella.

Se giró despacio para encontrarse con el rostro rechoncho y bonachón de Nicholas, y a quien no había dejado de tenerle aversión, no porque fuera gordo, sino porque siempre parecía estar mofándose de ella.

—¿Sabes qué leía y qué le ha provocado tanto sueño al pobrecito de mi hermano? —Nicholas murmuró la pregunta a su oído y ella arrugó el ceño dando un saltito alejándose de él—. Si padre descubre que se ha dormido leyendo el libro de latín que le heredó esta mañana, se sentiría defraudado —añadió señalando a las personas que se acercaban hasta donde se encontraba plácidamente dormido.

Esto sorprendió a Josephine que no respondió nada, tampoco quería que William se metiera en problemas con su padre, el conde Everet, por culpa de Nicholas de quien le daba la impresión de que envidiaba a su hermano porque eran todo lo opuesto a él. Mientras el mayor era apuesto y galante, el menor no tenía ni el más mínimo

atisbo de belleza.

Así que hizo lo único que podría ayudarlo a despertar, empujando a Nicholas con toda su fuerza para apartarlo de su camino, y salir corriendo y gritando colina abajo, como alma que lleva el diablo hasta su casa.

Capítulo 3

La hazaña de Josephine terminó convirtiéndose en un pequeño escándalo doméstico que dejó a Nicholas mal parado, pues William se había despertado con su algarabía. Este dedujo a su favor que la había repelido con su «asquerosa presencia», como siempre solía recordarle a su hermano para marcar sus diferencias. Así, William lo acusó de hostigador de niñas pequeñas, librándose de que su padre descubriera que odiaba leer en latín.

Josephine se enteró del castigo de Nicholas: lo habían encerrado en la biblioteca, leyendo y aprendiendo de memoria todos esos libros que su hermano mayor detestaba. Sin embargo, a diferencia de William, a él le gustaba aprender, por lo que el castigo le resultó muy beneficioso. De eso se dio cuenta ella, cuando lo vio desde la ventana de la biblioteca, leyendo con avidez y recitando las palabras incomprensibles para ella en voz alta.

Un escalofrío le recorrió la columna cuando él dirigió su mirada hacia la ventana. Ella tuvo que esconderse bajo el alféizar, permaneciendo allí hasta que él comprobó que no había nadie espiándolo. Mientras, ella rogaba por no ser descubierta, sin saber que él podía ver su pequeño trasero, lo que lo hacía reír, pero él no

la delató y continuó con su recital de inentendibles palabras. La razón de Josephine para verlo era solo porque sentía un poco de culpa, pero esta se le quitó al descubrir que él lo disfrutaba, haciéndole pensar que le gustaba leer tanto como a ella.

Los días pasaron y Josephine se sentía feliz porque ya no tenía que andar toda la mañana acompañando a Eveline, quien parecía distraerse con las nuevas amigas que había estado haciendo a lo largo de su estadía en Survey. Cada vez eran más las jovencitas de las familias sobresalientes del condado, quienes se unían para tomar el té de la tarde o integrarse a la clase de bordado, formando con ello un pequeño club, al cual las aristocráticas jovencitas asistían con mucha pompa y glamour. Josephine no era amiga de ninguna, pero las conocía porque sus padres cosían ropa para ellas y sus familias; no obstante, desde la llegada del conde Everet a la región, ellos ya no cosieron para nadie más.

En parte, estas visitas cada vez más frecuentes la mortificaban, porque era relegada. Más que acompañar a Eveline, terminaba convertida en la pequeña criada de las señoritas, quienes muchas veces la menospreciaban, haciéndola sentir insignificante. Sin embargo, Josephine solía olvidarse de ello cuando tenía tiempo para escribir, e inclusive les dedicaba algunas desdeñosas letras, señalando defectos que la hacían reír, como: los dientes torcidos de la señorita Cornell, que le impedían reír a sus anchas y la obligaban a escudarse en su abanico; las orejas demasiado grandes y puntiagudas de la señorita Virgil, que trataba de disimular con tocados de flores, haciéndola parecer un duende, en vez de una hermosa hada; o los pies grandes de la señorita Barnett, que no podía caminar rápido sin tropezarse y quien, de todas, era la que más la molestaba, haciéndola ir y venir porque el té nunca estaba a su gusto.

A veces, Josephine esperaba que Eveline le diera un poco de ayuda, pero había notado que ya no la trataba con la amabilidad que le había mostrado al principio. Era de nuevo viernes por la tarde y, desde las asiduas visitas, la clase de bordado y la hora del té habían empezado a combinarse. El grupo, que ya lo conformaban seis señoritas, conversaba de todo, menos de puntos de bordado. Todo iba bien hasta que la señorita Barnett la llamó.

«Ahí va de nuevo», se dijo Josephine para sus adentros, teniendo que ir a regañadientes, fingiendo buena cara para no hacer quedar mal a su dama, que la miraba muy atenta.

—¿También sabes coser como tu madre? —le preguntó.

Eso la distrajo porque lo que menos hacía era interesarse por sus conversaciones. Ella miró de reojo a Eveline, que le hizo un gesto para que le respondiera. Siempre era así, dado que no podía hacer ni decir nada si ella no se lo permitía desde que tenía visitas.

—He aprendido a hacerlo con mi madre —respondió.

—¿También quieres ser costurera como ella? —prosiguió haciéndole arrugar un poco la cara con extrañeza.

Ni siquiera sabía el porqué del interrogatorio con lo que era obvio.

—Sí, señorita —continuó respondiendo.

Josephine pensó que ya se había aburrido de preguntarle, pero entonces miró su ropa.

—Ese bolso que siempre llevas, ¿te lo cosió tu madre? —comentó la joven haciendo que todas se centraran en ella.

No intuía a dónde quería llegar. Por dentro, esperaba que Eveline le dijera que era suficiente, pero esta se limitó a verla como las otras, como si su respuesta fuera de mucho interés.

—No, lo diseñó mi padre —respondió empezando a abrumarse.

—¿Y llevas algo allí? —reiteró su interrogatorio la joven Barnett.

Josephine hizo silencio, apretando su bolso. No quería decirles que

llevaba allí el papel y la pluma que le había regalado el conde, porque si lo revelaba era probable que le pidieran que les mostrara lo que escribía. No deseaba hacerlo, puesto que imaginaba que terminarían burlándose de ella y, si descubrían que había escrito poemas a William, la ridiculizarían aún más. O peor aún, se enfurecerían si también se enteraban de las cosas que escribía de ellas.

Tampoco esperaba que Eveline lo supiera, no después de lo sucedido en las clases de aprendizaje a las que ya no pudo volver. No dudó que esa fuera la razón.

—Hay alguien espiándonos —mencionó la señorita Brume alzando la voz y señalando con su índice hacia la ventana donde Nicholas tenía estampada su cara, intentando traspasarla, haciendo una horrible mueca con sus ojos y su lengua, que, en vez de asustarla a como a las otras, hicieron reír a Josephine.

Capítulo 4

Eveline se puso en pie de inmediato, mirándolo con enojo y con sus manos en jarra sobre la cintura. Pero él le sacó la lengua y se marchó, luego de mirar de reojo a la pequeña Josephine, quien lo observó con agradecimiento al sentir que, con su intempestiva aparición, había evitado que siguieran interrogándola. Las jóvenes comenzaron a hablar de las grandes diferencias entre sus hermanos, ensalzando a William como un príncipe y a Nicholas como un "asqueroso cerdito", imitando el sonido del animal, sin que Eveline se molestara; por el contrario, terminó riéndose con ellas y admitiendo que le daba pena aceptar que era su hermano.

Eso, por alguna razón, enojó a Josephine, quien debido a esto consiguió ser relegada. A pesar de que también admiraba a William, no detestaba a Nicholas por su apariencia. Mientras las señoritas seguían con su charla, ella caminó hasta la ventana y se asombró al ver que él no se había marchado, sino que permanecía allí, escuchando todo. Incluso levantó su mirada y puso un dedo en su labio, indicándole que no lo delatara.

—Es una pena que sea él quien tenga que marcharse al ejército pronto, deberían enviar al cerdito —mencionó la señorita Barnett con

mucha aflicción.

Esto llamó la atención de Josephine, quien había escuchado de sus padres que, si Napoleón seguía avanzando, su país tendría que entrar en la guerra para evitar ser invadidos y quizás su padre también tendría que ir.

—Mi hermano solo debe cumplir con su preparación militar, y Nicholas lo hará después —adujo Eveline.

—Es injusto, Lord William tiene un futuro más prometedor que él —siguió hablando la señorita Barnett.

—Mi padre lo sabe, pero esto forma parte de su educación —explicó Eveline, quien parecía no querer seguir hablando del tema y se volvió hacia ella—. ¿Ve a pedir que nos traigan más té, Josephine? Este ya se enfrió —añadió.

Ella obedeció al instante y salió de allí con la bandeja justo cuando mencionaban a ese personaje llamado Napoleón Bonaparte, echándole la culpa del destino que le esperaba a William en el frente. En el fondo, a ella también le entristecía, pero su ama tenía razón: él se estaba preparando para convertirse en el futuro conde de Survey y su preparación militar era necesaria, al menos era lo que decían sus padres.

Josephine fue hasta la cocina con el pedido del té. Luego de hacerlo, lo último que deseaba era volver a ese salón, pero no tuvo más remedio que ir porque cuando el nuevo té llegara, ella tenía que servirlo. Al volver a entrar, el tema había cambiado y todas hablaban de la próxima fiesta de Eveline. Entonces se arrimó a la ventana, pero Nicholas ya no estaba allí. Trajeron el nuevo té y, luego de ayudar a servirlo, Eveline le dijo que se podía retirar. Ella le agradeció y no perdió tiempo en marcharse de allí. Caminó hasta la fuente del jardín, donde esperaba encontrar a William, pero este no estaba.

—¿Buscas a William? —Nicholas preguntó a su espalda y ella se volvió hacia él. Esta vez no la había asustado, pero imaginó que se debía a lo que había ocurrido en la ocasión anterior. Ella negó con su cabeza, alejándose.

—¿Piensas que voy a hacerte algo? —continuó preguntando y ella de nuevo volvió a negar—. ¿Entonces por qué te alejas? ¿O también piensas que soy un cerdito asqueroso?

Ella se encogió de hombros, provocando que él se riera.

—¿No te molesta que te llamen así?

—Me da igual —contestó también con un encogimiento de hombros que la hizo sonreír.

—Sabes escribir, ¿verdad? —mencionó de repente haciéndole ensanchar la mirada, llevando las manos a su bolsito cruzado—. Seguro que escribes cosas muy interesantes ahí, pero cuídate de que no las vea Eveline —adujo yéndose de allí con las manos metidas en los bolsillos y llevando un libro bajo el brazo, que parecía haber estado leyendo.

Josephine se quedó mirándole su ancha y robusta espalda por el camino opuesto al de ella.

—¿Lord Ashworth? —lo llamó haciendo que este se detuviera y la mirara con sus cejas juntas.

—Ese es William, no yo —dijo, aunque no parecía molesto.

—También sé leer —manifestó ocasionando que este la mirara con asombro y luego se riera.

—Lo sé —respondió volviendo a dar la vuelta para seguir caminando.

—Podríamos leer juntos si no le molesta —dijo y él se giró.

—¿Y qué hay de salir corriendo y gritando como una loca?

Ella hizo una mueca de inocencia, alzando sus hombros ante esa acusación. Nicholas volvió a sonreír.

—Lo pensaré —repuso continuando con su camino.

Josephine se fue de allí cuando lo perdió de vista, sintiéndose bien consigo misma, porque en el fondo no le resultaba tan desagradable como lo tachaban las demás señoritas.

Pese a que no hubo un trato entre ellos, a partir de ese momento todas las tardes Nicholas y Josephine se encontraban, al caer la tarde, bajo el árbol de manzanas para leer, puesto que no sería apropiado que lo hicieran en la biblioteca. Esto coincidía con el término de sus obligaciones con Eveline, y el tiempo que él se tomaba para descansar de sus lecciones. Cuando ambos llegaban, solo leían en silencio, y mientras él tomaba uno de la pila que siempre se llevaba, ella sacaba su apreciado libro.

Allí permanecían hasta que llegaba el ocaso y ella se iba corriendo a su casa para ayudar a su madre con la cena. Josephine los miraba de reojo, pero no se atrevía a pedirle prestado ninguno, y él tampoco se los ofrecía. Sin embargo, cuando llegó la hora de regresar al castillo y ella a su casa, él había dejado uno de ellos sobre el césped.

—Se te cayó —le avisó cuando sacudía la hierba que se le pegaba a sus anchos pantalones.

Él apenas y lo miró.

—¿Quieres leerlo? —le preguntó y ella asintió varias veces presa de una repentina emoción.

Nicholas le dio la espalda y se fue de allí. Ella lo agarró y leyó el título con rapidez: “Canciones de inocencia”, escrito por William Blake. Se quedó admirando un momento el dibujo de la portada, para después salir corriendo colina abajo, pero esta vez sin gritar.

Capítulo 5

—Josephine, cariño, ¿dónde te has metido? —Su madre la llamó por segunda vez, y ella tuvo que cerrar su cuaderno donde solía escribir a escondidas poemas para William. Era domingo y pensaba que, luego de volver de la iglesia, no tendría que salir de su dormitorio hasta la tarde.

Josephine guardó el cuaderno en el baúl bajo su cama y corrió de inmediato a encontrarse con su madre, quien le arrugó la cara cuando ella se atravesó en su camino, con las manos a su espalda y muy sonriente.

—¿Me llamabas, mamá? —preguntó fingiendo inocencia y esta le frunció el entrecejo.

—Sí, te buscaba —le dijo, y agarrándola de la oreja la llevó al taller de costuras, donde en las tardes de domingo la instruía en el oficio.

Su padre se hallaba allí colocando botones a una levita. Ella no se quejó por el tirón de orejas, pero le sorprendió que estuvieran trabajando en su día de descanso.

—¿Sucede algo, mamá?

—Pasa que tenemos trabajo que hacer y necesito que ayudes a tu

padre.

Ella miró que solo trabajaban en ropa de hombres.

—Los señoritos partirán el lunes al frente para ponerse a disposición de su majestad y la condesa nos ha pedido que sus guardarropas estén preparados para ese día. Por eso tenemos demasiado trabajo, y no estás para holgazanear.

Josephine miró a su padre, quien le sonrió apretado por los alfileres de cabeza que tenía en la boca y que usaba para apuntar los patrones de tela que estaba cosiendo en su máquina. De inmediato fue a su lado para ayudarle. Sin embargo, en su cabeza reverberó el hecho de que su madre los había mencionado a los dos.

—¿El señorito Nicholas también se irá? —preguntó a su padre.

—Sí, cariño, él no debería presentarse aún, pero ha decidido ir —le respondió, lo que le hizo recordar la conversación de hacía unos días, donde todas esas señoritas estiradas mencionaban con desdén que quien debería marchar al ejército era Nicholas y no William.

Meditó para sus adentros que todo se debía a su condición menos agraciada que la de su hermano mayor.

—¿El conde lo dejará ir?

—¿A quién, pequeña? —indagó su padre.

—Al joven Nicholas.

Su padre arrugó la frente, luego miró a su esposa.

—Creíamos que solo te asustaba —adujo recordándole ese episodio y el hecho de que a Nicholas no le resultaba agradable ni a sus propios padres.

Sintió pena por él.

—Josephine, deja de distraer a tu padre y empieza a ayudar —la reconvino su madre y de inmediato se puso a ayudar a su padre con el prensatelas.

Durante el tiempo que estuvo ayudándolos en el taller, no dejó de

pensar en la noticia sobre el alistamiento de Nicholas. Por lo que cuando sus padres le dieron un descanso después del almuerzo, agarró el libro que él le había prestado días atrás y se fue hasta el árbol de manzanas donde solía sentarse a leer con él. Para su gran sorpresa lo encontró allí, leyendo otro libro que parecía ser del mismo autor del que le iba a devolver.

Él apenas y levantó la vista de su lectura cuando ella se sentó a su lado.

—¿Es cierto que te irás al frente?

—¿Te lo dijeron tus padres?

—Están cosiendo tu ropa.

—Seguro que deben tener mucho trabajo —respondió haciéndola reír.

Sabía que lo mencionaba por su tamaño.

—Yo les estoy ayudando.

—¿Y por qué has venido hoy?

—También has venido —replicó volteando a mirarlo.

—Nadie ha dicho nada por mi decisión, todos parecen contentos de que haya decidido ir —comentó mientras ella dejaba el libro a un lado y se abrazaba a sus piernas, colocando su mentón en las rodillas.

—Ya lo he terminado de leer y pensaba que podía devolvértelo.

—Puedes quedártelo, y este también —adujo poniendo el otro frente a sus ojos, que se abrieron como platos.

—¿Me los regalas?

—Te gusta leer, ¿no?

—Sí —contestó abrumada.

—No los necesitaré, por lo menos no esta clase de literatura. Mientras esté allí, leeré libros más acordes a la guerra, como este —emitió, mostrándole una copia de un libro llamado *El Príncipe* de

Nicolás de Maquiavelo, que hizo arrugar la cara a Josephine—. A mi padre no le importa lo que lea, así que no tengo problemas en llevarlo conmigo —adujo reclinándose sobre la gruesa corteza del árbol.

—Si usted lo dice.

—Quizás cuando esté allá les importe un poco más —prosiguió Nicholas estrujando un poco el corazón de niña inocente a Josephine, sin saber el porqué.

—Espero que vuelva —le dijo centrando su mirada en el mismo punto en que se enfocaba Nicholas.

—Tal vez no lo haga y lo más probable es que no les importe —repuso haciendo que ella se ladeara para mirarlo—. Aun si William va a el ejército, es él quien está destinado a volver para llevar el título de mi padre y yo debo buscar mi propio camino —agregó poniéndose en pie—. ¿Ya leíste el poema de *El niño negro*?

Ella asintió.

—Los he leído todos —agregó entusiasmada de su propia precocidad para la lectura.

—¿Y qué piensas?

Ella meditó por un instante su pregunta con una expresión dubitativa y luego lo recordó.

—En que no importa lo de afuera —le respondió con un encogimiento de hombros, rememorando con una sonrisa el inicio del poema, donde la voz del niño menciona que es negro, pero su alma blanca.

Nicholas no dijo nada, y solo se quedó callado. Ella también.

El lunes siguiente, como estaba estipulado, William y Nicholas partieron hacia el frente. Un mes después, el veintiuno de octubre, se desarrolló la cruenta batalla de Trafalgar, en la que solo Nicholas participó.

Capítulo 6

Dos años después

—Jo, ¿dónde te has metido?

Josephine se despabiló de lo que estaba haciendo y corrió a guardar su cuaderno. Sonrió recordando la última frase que había escrito, inspirada en William, quien, desde hacía dos años, junto a su hermano Nicholas, había partido a la guerra. Según los rumores que circulaban en el castillo, ambos estaban por volver.

A ella le emocionó saber que Nicholas finalmente regresaría, después de decirle bajo aquel árbol de manzano —que ella seguía visitando para sentarse a leer mientras contemplaba el bajo de la colina— que no lo haría.

—Ya estoy aquí, mamá —dijo entrando a la cocina, donde su madre amasaba una tarta de manzanas.

—Bueno, apúrate. Debemos tener lista la tarta para el té de la tarde o la señorita Eveline se molestará.

Josephine arrugó la cara. Habían pasado los mismos dos años desde que la pusieran al servicio de lady Eveline, y cada vez la aguantaba menos. Aunque lo único que celebraba era que ya no tenía que andar todo el día con ella, el té de la tarde con sus amigas

engreídas había adquirido tanto furor que su club de señoritas mimadas ya estaba conformado por una docena de ellas.

—No tenías que hacerlo, Eveline a veces es demasiado caprichosa.

—Lo que ella sea, no nos interesa. Solo debemos hacer lo que se nos pide.

—Pero no eres su cocinera.

—En ese caso, es tu culpa por alardear de mi tarta frente a ellas —le reprochó.

No obstante, Josephine recordó que quien pidió la tarta no fue precisamente Eveline, sino Mary Barnett, quien desde que los hermanos Ashworth se fueron a la milicia, se convirtió en su amiga inseparable, ganándole el puesto de acompañante a ella y a todas las demás. Solo por ello lo lamentó, porque la señorita Barnett parecía empeñada en no solo desplazarla, sino en hacerla sentir mal.

Josephine ya estaba curada de ello, por lo que su empeño era más por ignorarlas que por atenderlas, que era lo único que hacía en la famosa tarde de té para señoritas aristócratas, celebrada en el fastuoso castillo de los Ashworth.

Sin más remedio, ayudó a su madre a terminar de preparar la tarta y, luego de que estuvo horneada y lista, la puso en una cesta para llevarla hasta el castillo donde se celebraría la fiesta de té.

—¿No te vas a cambiar de ropa? —le preguntó su madre sobre su sencillo vestido azul de lana largo y holgado.

—No, ¿qué tiene de malo? —preguntó levantando sus faldas con mucha gracia.

—Querida, ya eres toda una jovencita. Deberías ponerte algo más acorde o avergonzarás a la señorita.

Ella dio un suspiro poniendo cara de aburrida. Sabía que su madre lo mencionaba debido a que pensaba que esa era la razón por la que Eveline la había relegado a usarla solo como una criada. Pero ella

sabía que la persuasión de la señorita Barnett era acuciante y le daba suficientes razones para mantenerse a su lado, ya que a lo largo de los dos años que habían pasado, la astuta señorita aprendió casi a copiar los modales que había traído consigo lady Eveline, y que a todas les gustaba imitar, puesto que ella era la única hija de familia noble en la región. Además de que estaban haciendo filas para impresionar a William en su próximo regreso.

Su madre había comentado de forma espontánea que el conde había decidido encontrarle esposa dentro del condado, y de allí que la afluencia de señoritas aumentara en el castillo en busca de convertirse en la afortunada. Josephine era consciente de que no tenía ninguna oportunidad frente a ellas y menos contra la señorita Barnett, quien llevaba la delantera a todas, por lo que había pensado en dejar aquel viejo hábito de escribir poemas a William que él nunca leería. Eso era lo que pensaba cada que decidía dejarlo guardado en un cajón. Sin embargo, se resistía a ello.

Le hacía feliz que volviera, pero también que lo hiciera con Nicholas, a quien deseaba poder devolverle sus libros, que había atesorado con todo su ser leyéndolos hasta casi aprendérselos de memoria, tanto que quería sorprenderlo recitándoselos bajo el manzano, como antaño.

Rememoró aquellos pensamientos infantiles con una mueca de sonrisa en su cara mientras se miraba en el espejo por la insistencia de su madre a que se arreglara un poco, pero solo fue para poner en su lugar sus mechones rebeldes. Después agarró su cuaderno y lo metió en su viejo bolso, que ya le quedaba pequeño, porque había crecido. Había cumplido catorce años, la misma edad que tenía Eveline cuando llegó al castillo. Pensando en ello, meditó en que no entendía por qué ella se comportaba como una cría, cuando a esa edad, ya podía sentirse como toda una adulta.

Luego de agarrar su bolso, volvió a la cocina, donde su madre la miró poniendo los ojos en blanco. Ella solo sonrió y agarró la tarta que aún se sentía caliente. Al llegar al castillo, se dirigió a la cocina para entregar el dulce a la cocinera, que lo recibió con mucha premura porque ya tenían que llevar los bocadillos a las mesas. Rápidamente tuvo que ponerse un delantal para llevarla al lugar de la reunión, que era un nuevo y moderno invernadero, construido para que Eveline pudiera recibir a todas sus amigas.

Esto como parte de un berrinche, debido a que, por la ausencia de sus hermanos, su presentación se pospuso hasta que cumpliera los dieciséis.

—Josephine, por qué llegas tan tarde. No sabes que te necesitamos aquí.

La persona que le dio ese regaño en la galería de acceso al patio donde estaba el invernadero no era otra que la señorita Mary Barnett, quien ya andaba a sus anchas por todos lados, y quien la miró con un poco de apatía. Suspiró bajo para tomar aire y forzarse a sonreírle para que no le pusiera quejas a Eveline, con quien la acusaba hasta por el más mínimo motivo.

—Debía traer la tarta, por eso me he demorado, señorita —adujo y esta le frunció el ceño reparándola.

—Bueno, ve, acomódala rápido. Eveline no demora en llegar. —Esto casi hizo explotar a Josephine, que se contuvo respirando hondo—. Vaya, volviste a cargar ese horrible bolso —añadió con algo de hastío cuando ella se disponía a cumplir su orden.

—Olvidé dejarlo, pero no se preocupe, puedo llevarlo.

—De ninguna manera. Quítatelo, se ve horrible bajo el delantal, y nadie debe ver ese adefesio —continuó irritándola—. ¡Vamos, a qué esperas! —la apremió.

A Josephine no le quedó más remedio que dejar la tarta sobre una

repisa para quitarse el bolsito y esconderlo con disimulo en la parte de debajo, para recuperarlo después. Se volvió de nuevo hacia Mary con la tarta en la mano y esta solo le hizo un gesto para que la siguiera. Ella obedeció, y caminando tras ella llegaron al lugar. Allí, de inmediato, la puso a órdenes de la jefa de las criadas para que ayudara a acomodar los bocadillos.

Ella hizo todo lo que se le mandó, suspirando de vez en cuando porque no hallaba la hora de volver por su bolsito y regresar a su casa, puesto que una vez todo estuviera acomodado, ella ya no tendría nada que hacer allí, porque su lugar ya lo ocupaba con mucha pompa Mary Barnett. Pero esta se encargó de no liberarla, haciendo que ayudara a servir a todas las señoritas, yendo y viniendo con bandejas.

Para cuando el festín, en el que Eveline solo le agradeció a su amiga íntima, la señorita Barnett, que asistiera en todo, acabó, lo primero que hizo fue ir a recoger su bolsito. Sin embargo, al llegar allí, este había desaparecido.

Capítulo 7

Después de ese día, Josephine siguió buscando su bolsito hasta el cansancio, preguntando si alguien lo había visto y quitado de allí, pero las respuestas eran negativas. Lo que la abrumaba era solo pensar que alguien leería lo que había anotado en su cuaderno. Sin embargo, sabía que nadie de la servidumbre del castillo, aparte de los dueños, el mayordomo o la jefa de las criadas, podría hacerlo, puesto que ellos eran los únicos, aparte de ella y su padre, que sabían leer y escribir, dado que aprender era un privilegio que no todos podían pagar.

—¿Te pasa algo? Te he notado distraída estos días —dijo Eveline, que la miró girando su rostro hacia ella.

Esa mañana la había llamado para que fuera a ayudarla, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo.

—No me pasa nada, milady.

—¿Estás segura? —la cuestionó—. Vamos, dime, tal vez pueda ayudarte.

—No lo creo, milady —adujo haciéndole un poco de gracia que dijera aquello, porque ella era quien siempre necesitaba ayuda para todo.

—Tal vez has perdido algo —mencionó Eveline ocasionando que Josephine abriera los ojos, mientras su ama la miraba con expresión interrogante.

—Es solo que he extraviado mi bolso desde el día de su fiesta de té en el invernadero —se atrevió a decir, aunque sabía que a su ama no le importaba.

Pero esta se puso en pie del banco del tocador en donde había estado sentada mientras ella le cepillaba el cabello, y fue hasta su armario sacando de un cajón el bolso que había dado por perdido. Josephine abrió los ojos.

—¿Lo tenía usted, milady? —preguntó espantada, haciendo que la otra bufara.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Eveline extendiéndoselo—. Mary me ha dicho que se lo ha entregado una de las criadas. Supe que era tuyo porque no te desprendes de él y le dije que te lo entregaría.

—¿Desde cuándo lo tiene? —la inquirió haciéndola resoplar al agarrarlo de su mano. No obstante, cuando lo abrió, dentro no estaba su cuaderno, lo que la horrorizó, pues era seguro que alguien lo había tomado y eso la aterró al extremo.

—Mary lo ha dejado hace unos días, pero, por tu cara, parece que guardabas algo muy importante allí, ¿o me equivoco?

—Sí, ¡pero no está aquí! —exclamó un poco exaltada.

—Cielos, ¿qué tan importante era para que me alces la voz? ¿Acaso me acusas a mí o a Mary?

Josephine tuvo que apretar sus labios y serenarse; aunque ellas hubieran tomado su cuaderno, no podía faltarle al respeto.

—No, milady, no la estoy acusando. Solo me he puesto nerviosa porque guardaba algo muy valioso.

—Es una pena, espero que puedas encontrarlo pronto.

Tocaron la puerta y una criada anunció la llegada de Mary, quien al entrar la miró con el ceño arrugado. Josephine iba a preguntarle dónde había encontrado su bolsito, aunque intuía que ella sabía muy bien dónde, puesto que ella misma la había obligado a dejarlo allí, pero no pudo hacerlo porque la echaron de la habitación antes de que pronunciara la primera palabra. Josephine no tuvo más remedio que resignarse y marcharse.

Sin embargo, los días que subsiguieron a la entrega de su bolsito por parte de Eveline, como una muestra de caridad, se convirtieron en un infierno. Las miradas, el maltrato de las señoritas Virgil y Cornell, y en especial la señorita Mary Barnett, la hacían pensar que alguna de ellas había leído su cuaderno y, aparte de molestarla, parecían reírse a sus anchas. No obstante, todas ellas parecían haber empezado a corregir y disimular sus defectos.

Los días pasaron y las burlas y risillas a sus espaldas aumentaron sin que ella pudiera hacer algo para remediarlo. Por lo que tuvo que calmarse, para averiguar quién de las tres tenía guardado su cuaderno, aunque al reparar en la actitud permisiva de Eveline, quien parecía inmutarse del maltrato que estaba padeciendo, algo le hacía pensar que ella tal vez también tuviera parte en ello.

Capítulo 8

Como se había anticipado, William regresó del ejército junto con Nicholas, con la baja definitiva del primero. Esto, debido a una lesión en su brazo que le impedía usar su arma de manera adecuada. Dado que se convertiría en el nuevo conde, su padre decidió que se dedicaría a su preparación.

A Josephine le alegró que ambos regresaran, pero seguía acongojada por la pérdida de su cuaderno, y mientras todos en el castillo celebraban la llegada de los dos señoritos, ella fue a sentarse bajo el manzano, sintiéndose feliz de no ser necesaria.

Allí se encontraba, repasando un poema de Coleridge, cuando Nicholas llegó y se sentó a su lado en la hierba verde y fresca. Ella apenas lo miró de reojo. Lo había visto llegar a caballo en la mañana junto a William, pero al verlo más de cerca, notó que había adelgazado un poco, y hasta se le asomaba un poco de barba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Eso mismo me pregunto yo. Solías ser la lame suelas de Eveline —le dijo haciéndola soltar una risa.

—Esa no soy yo, es la señorita Barnett.

—La insufrible, querrás decir —adujo con diversión volviéndola a

hacer reír—. ¿No te hace feliz que William haya vuelto? —le preguntó haciendo que ella le mirara espantada.

—Sí, pero eso no tiene importancia.

—¿Ya no babeas por él?

—¡Yo no babeo por Lord Ashworth! —se quejó mirándolo ceñuda, y Nicholas se rio.

Ella también terminó riendo y negando otra vez con su cabeza.

—¿Puedo saber por qué estás triste? —le preguntó.

Ella se puso en pie, sacudiendo la hierba que se le había pegado a la falda de su vestido. Estaba feliz de ver a Nicholas, pero al recordar lo que había pasado y que quizás Eveline estuviera tras ello, sintió un poco de resentimiento hacia él, ya que era su hermano y no dudaba que terminaría uniéndose a sus burlas.

—Ya debo volver —dijo evadiendo su pregunta.

—¿No vas a decírmelo, pequeña? —siguió preguntando Nicholas.

—No tiene importancia —dijo volviéndose para mirarle de reojo y luego salir corriendo de allí.

Cuando llegó al final de la ladera, se dio cuenta de que había olvidado su libro, lo que la hizo suspirar con fuerza, por lo que tuvo que volver. Nicholas seguía allí. Mientras ella se recuperaba, encorvándose para apoyar las manos en sus rodillas por la carrera que había hecho para volver a subir, él la miraba con curiosidad.

—Escuché que has perdido algo —le dijo con seriedad, extendiéndole su libro.

Ella intentó agarrarlo, pero él lo retiró, impidiendo que lo tomara.

—Dije que no tiene importancia.

—Seguro que la tiene, y te ayudaré a encontrarlo —le dijo dándole un golpecito con el libro en la cabeza antes de entregárselo. Enseguida se puso en pie y se fue, alejándose de allí por el otro lado de la ladera.

Josephine se quedó observando cómo su robusta y esbelta figura se perdía por entre los árboles que lindaban con uno de los jardines, de los tantos que rodeaban el castillo. Por dentro esperaba que fuera cierto, pero dudaba que lo lograra, puesto que él no sabía qué le habían hurtado. Cada vez más estaba segura de que su cuaderno era lo que se había convertido en la diversión de las señoritas. Suspiró hondo antes de volver a su casa. Al llegar, encontró a su madre bastante emocionada, en el taller de costuras.

—¿Dónde andabas? Pero ¡qué bueno que llegas!

—¿Sucede algo, mamá?

—Míralo tú misma —le dijo señalándole con la mirada la carta de invitación sobre la mesa.

Ella fue a mirarla y se sorprendió al ver que Eveline la había invitado a su fiesta.

—No tengo por qué ir —manifestó deseando arrugar y tirar esa carta.

Su madre se la arrebató de la mano cuando intentaba cumplir su deseo.

—¡Es un honor que lady Eveline quiera que estés allí! Así que te haré un vestido maravilloso.

—Sabes que eso no es necesario, no estaré allí más que para servir.

—No es cierto, irás como una invitada, y por pedido expreso de Eveline, la condesa te ha dado permiso para vestirte como una elegante señorita en la fiesta —repuso su madre sonriéndole muy emocionada, mientras a ella esa invitación la llenaba de zozobra y muy malos augurios.

Capítulo 9

Mientras su madre se había apurado en terminar de confeccionar y coser a tiempo el vestido con el que brillaría en la fiesta, a la que la habían invitado por cortesía, Josephine detestaba cada minuto que faltaba para que llegara ese momento.

Su cuaderno seguía sin aparecer, y aunque había intentado descubrir por sus propios medios si se encontraba en manos de Eveline o de alguna de las otras señoritas, todo había sido infructuoso.

—Vamos, querida, cambia esa cara, que no vas para un funeral.

—¿Y si lo es, mamá? —preguntó abrumada por todo lo que le había estado aconteciendo desde que desapareciera su cuaderno.

Aunque su búsqueda había sido en vano, cada vez le quedaban menos dudas de que las honorables señoritas estaban detrás de su desaparición. Lo que significaba que estaba en problemas, porque a esas alturas ya habrían leído lo que había escrito, en específico, sobre cada una de ellas. Por dentro, se decía que no era tan grave como el descubrimiento de sus notas infantiles para William.

Josephine se agarró el estómago fingiendo dolor, lo que hizo que su madre arrugara el ceño.

—Ya basta de teatros, querida. Procura comportarte y no hagas quedar mal a tus padres.

—De verdad no quiero ir —manifestó por enésima vez, tanto que su madre se ablandó, mirándola con comprensión.

—Esto es importante para ti, Josephine, y es bueno que recuperes el cariño de la señorita Eveline —le dijo.

Ella sonrió amargamente porque conocía los deseos de su madre y el anhelo que tenían de que ella pudiera sobresalir. Suspiró con fuerza y no insistió más. Dejó que su madre terminara de darle los últimos retoques a su arreglo y luego se contempló, porque incluso le había comprado zapatos nuevos que combinaban con su vestido de gasa azul pálido y encaje. Su padre apareció en el umbral de la puerta sonriéndole.

—Lista para salir, pequeña señorita —le dijo ofreciéndole su brazo.

Josephine le sonrió, asintiendo y corriendo a abrazarle, porque el nudo en su garganta seguía apretándose por más que tragara varias veces. Sin embargo, se sorprendió de que había alguien más en la sala. Era Nicholas. Al verlo, se preguntó qué hacía allí.

—¿Por qué está aquí? —le preguntó, a lo que su padre se aclaró la garganta.

—El señorito Nicholas me ha pedido que lo deje escoltarte a la fiesta y no he podido decirle que no. Además, me ha prometido que cuidará de que no lo pases mal —adujo su padre, a quien, a diferencia de su madre, no parecía alegrarle mucho que se hubiera ofrecido a llevar a su hija.

Esto se debía a que se había tomado en serio aquel problemilla en el que ella lo había metido para salvar a William.

—No se preocupe señor Gray, cuidaré de Josephine —dijo Nicholas.

El señor Gray le sonrió mientras su esposa le arrugó el ceño.

—Más le vale jovencito —le dijo.

Ellos los despidieron en la puerta de la casa cuando se encaminaron para subir la colina.

—¿Aún no contestas mi pregunta? —lo inquirió mientras ascendían por los escalones de piedra.

—Un pajarito me contó que no querías ir a la fiesta. ¿Tiene que ver con lo que has perdido? —comentó él.

Josephine suspiró con fuerza.

—Lo que he perdido, creo que será un gran problema si está en las manos equivocadas —manifestó llenándose de zozobra.

—¿Es aquel cuaderno donde solías escribir? —le preguntó con una seguridad que la sorprendió, tragando de tajo el nudo que no quería deshacerse—. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Quería negarlo, pero a esas alturas no tenía sentido.

—Sí, es mi cuaderno —admitió.

—¿Temes que todos se enteren que sabes leer y escribir?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Tal vez haya escrito algunas cosas indebidas, pero solo eran pensamientos tontos de niña —respondió con un hondo suspiro.

—¿Y eso es lo grave?

La pregunta tan fuera de lugar de Nicholas la hizo reír.

—Tal vez me he burlado de alguien que no debía.

—Eso suena bastante comprometedor.

—Quizás quieran vengarse de mí.

—¿Y te preocupa que sea esta noche?

—No lo dudo.

Se alzó de hombros.

—¿He de suponer que no tomaste en serio mi advertencia?

—Solo me preocupa que esto afecte a mis padres.

—Sería inevitable si cae en las manos equivocadas.

—Sabes quién lo tiene, ¿verdad? —afirmó haciendo que Nicholas se detuviera.

Este se quedó pensativo un momento y luego habló.

—He averiguado un poco sobre algunas cosas que se estaban murmurando, aunque al principio no entendía algo sobre pies grandes y orejas de duendes —mencionó haciéndola reír—. También algo sobre los ojos como hermosos zafiros del príncipe encantado —añadió haciéndola ruborizar.

Ella le golpeó en el hombro.

—No te burles.

—Si Will llega a leerlos, de seguro se reirá —le dijo causándole un poco de vergüenza porque esperaba que nunca pudiera leer ninguno de ellos.

Esto lo pensó con angustia, recordando que desde que conoció a William a sus doce años, este se había convertido en un ideal de belleza deslumbrante, que contrastaba con todos los caballeros que habitaban en el castillo, incluyendo a su padre, y que no le llegaban ni a la suela de sus zapatos. Sin embargo, no tenía pensamientos más allá de un simple encantamiento infantil. Y esto era lo que la inspiraba a escribir todo aquello que se le venía como un torrente de cursilerías a la cabeza.

Capítulo 10

—¿No le preocupa que nos vean llegar juntos? —le preguntó Josephine a Nicholas, a lo que este lanzó un bufido.

—Si me preocupara no lo habría hecho. Aunque, le estoy haciendo un favor a tu padre por poner más tela en mi ropa, ¿u olvidas que todavía suelen llamarme asqueroso cerdito? —adujo provocándole otra risa.

Lo cierto para ella era que la compañía de Nicholas había aminorado un poco el terror que la había estado invadiendo días atrás, solo escuchando murmullos y burlas a sus espaldas. Él, de algún modo, le daba seguridad, aunque la distancia en que siempre se encontraban era como una marca invisible de la diferencia entre ambos.

Quedaba poco para llegar al castillo y desde donde estaban se podía vislumbrar cómo estaba iluminado con innumerables y costosas velas de cera de abejas, necesarias para que todos pudieran apreciar el brillo de Eveline, tal como lo había anunciado casi dos años atrás.

—Vamos —le dijo apurándola, pero sus piernas empezaron a flaquear.

—¿Está bien si entramos por la puerta de la galería auxiliar?

Esa era la entrada que habían tomado sus padres cuando fueron presentados por primera vez. Nicholas se alzó de hombros y le concedió lo que pedía. Ella sabía que a él le daba igual, puesto que siempre se había considerado como un familiar anónimo e invisible en su propia familia, porque era cierto que todos prestaban más atención a William, quien estaba preparándose para ser un hombre de gran estatus y poder como su padre, mientras él se dedicaba a prepararse de una forma más táctica e intelectual.

—¿Nunca le pregunté cómo le fue en la guerra? —le preguntó mientras caminaban.

—¿Te interesa saberlo, pequeña?

—¿Me lo contará?

—No tiene importancia, pero aprendí mucho.

—¿Y volverá a ir?

—No tengo nada mejor que hacer —repuso abriéndole la puerta cuando llegaron a la galería y tomaron el pasillo hasta el Salón Primavera, donde se estaba celebrando el baile social en honor a Eveline.

En medio de todo el recorrido hasta allí había sido agradable, hasta que se tropezaron con la presencia de Mary Barnett, quien alzó sus cejas al verla llegar acompañada de Nicholas.

—Vaya, parece que la pequeña Josephine está bajando sus estándares caminando con el cerdito —dijo mirándolos a los dos de forma despectiva.

—Bueno, el cerdito vive en esta casa, pero la señorita Barnett parece tener una lengua bastante afilada —rechistó Nicholas haciéndola retroceder.

Mary arrugó el ceño dirigiendo su mirada hacia Josephine.

—Eveline ha estado preguntando por qué no has llegado. Aparte

de que te da una cortesía, te comportas como una altanera, ¿qué esperas para entrar? —le dijo caminando de vuelta al salón de donde provenía la música de orquesta.

—Vamos, no te dejes intimidar.

—Necesito recuperar ese cuaderno.

—Lo vamos a encontrar, no te preocupes —le dijo, pero una vez ingresaron al salón, el alma se le cayó a los pies.

Nunca había estado en una fiesta así, y aunque su madre se había esforzado para que encajara, se sintió fuera de lugar y sola, sobre todo cuando unos caballeros se acercaron a hablarle a Nicholas, llevándoselo con ellos. Suspiró con fuerza buscando entre todas las personas a Eveline, hasta que la encontró rodeada por todas sus amigas quienes parecían llenarla de halagos.

Eso le hizo recordar que no deseaba estar allí, y estaba a punto de devolverse cuando Eveline la vio, justo después de que la señorita Barnett le dijera algo al oído. El gesto que le hizo, aunque parecía amable, la dejó fría. Las señoritas Cornell y Virgil vinieron hasta ella, agarrándola del brazo para dirigirla hasta donde se encontraba Eveline, brillando como una perla en su concha.

—Te ves asustada, ¿acaso no quieres estar aquí? —le preguntó cuando estuvo frente a ella.

—No, señorita, solo sentí que no encajaba en su fiesta.

—Y no lo haces —le replicó Eveline—. Tampoco ha sido idea mía que te invitara, sino de Mary. Ella está ofendida por lo que escribes a sus espaldas y es bueno que conozcas tu lugar, así que ni creas que estás aquí para bailar. Ve a ayudar a las criadas —añadió la orden despectivamente mientras todas las demás, y en especial la señorita Barnett, disfrutaban de su humillación.

Josephine se lo esperaba, por lo que toda la zozobra pareció evaporarse y aceptó el cruel castigo, porque eso solo confirmaba

que Eveline también conocía el contenido de su cuaderno.

Todas se rieron cuando ella se dirigió hasta donde estaban las criadas y les dijo que estaba allí para ayudar, pero ellas, al ver cómo iba vestida, se miraron unas a otras.

—Josephine, ¿qué haces aquí? —La pregunta vino de lady Florence, la condesa de Ashworth.

Ella se volvió hacia la mujer, inclinándose.

—Milady, mi madre está muy agradecida por haberle permitido a lady Eveline que me invitara a su fiesta —le dijo sin levantar la cabeza.

La mujer no contestó.

—Repite lo que has dicho —le ordenó.

Josephine se enderezó para encontrarse con la mirada molesta de la condesa.

—La invitación, mi madre la recibió hace unos días. Por eso he venido —dijo, y por su confusa expresión, la condesa parecía no tener idea de lo que había fraguado Eveline.

Dos damas se acercaron para saludarla y ella le sonrió a la fuerza, pidiendo que la aguardaran cuando se fijaron en Josephine.

—Será mejor que te vayas. Ya averiguaré este asunto con Eveline y espero que no me estés mintiendo —dijo yendo al encuentro de las damas.

—Haz caso y vete Josephine, porque parece que la señorita te ha hecho una mala jugada —le dijo una de las criadas.

Sin embargo, antes de que pudiera escapar de allí como había deseado desde el principio, el sonido de la orquesta fue acallado de repente debido a una disputa entre Nicholas y William, por un cuaderno que el hermano mayor tenía entre las manos y que terminó destrozado en el suelo.

Josephine de inmediato lo reconoció. Era el que había estado

buscando, pero antes de que ella pudiera recogerlo, este quedó en manos de la condesa.

Capítulo 11

Al día siguiente de la fiesta, todo era silencio y juicio en el castillo. Eveline terminó confesando que solo quería darle una lección a Josephine por haberse burlado de sus amigas y por escribir poemas en secreto a William, lo cual consideró una falta de respeto. Sin embargo, por tratarse de una travesura infantil, tomaron el asunto de manera discreta. La Condesa evitó involucrar a su esposo, el conde, y resolvió el problema a su manera.

Pese a que lo que había escrito en su cuaderno solo parecían tonterías de niña pequeña, determinó que Josephine no podía permanecer allí. Decidió ser benevolente con ella y sus padres arreglando para que la enviaran lejos. Finalmente, se estaba convirtiendo en una jovencita y esto podría traer problemas a la reputación del conde, por lo que no iba a permitir que una simple criada hija de costureros albergara semejante aspiración.

En todo esto a Josephine no se le permitió decir ni una palabra, solo acatar las órdenes de la condesa, quien se encargaría de que la aceptaran en una casa de costuras en Londres. Lo prioritario era mantenerla lejos de allí para que no se alimentara ningún rumor.

Sin embargo, la única vez que se le permitió hablar fue para pedir

disculpas a las señoritas afectadas con sus malos comentarios. Después de ello le ordenaron mantenerse lejos de la mansión hasta que llegara el momento de su viaje.

Después de todo lo sucedido y del veredicto de la condesa, su madre no le habló por varios días, debido a la vergüenza que sentía por haber caído en la trampa de lady Eveline. Al final, el enojó no perduró y terminó perdonándola; no obstante, Josephine no volvió ni a leer ni a escribir. Solo se quedó ayudando a su padre a planchar solapas y pegar botones, y todo en completo silencio.

Los días pasaron después de lo ocurrido, y lo único que seguía sin saber era por qué William y Nicholas habían terminado peleándose. Otra cosa que no pudo hacer fue recuperar su cuaderno, o eso pensó hasta que lo encontró en el alféizar de su ventana, y supo quién lo había dejado allí.

—¿Josephine, a dónde vas? —le preguntó su madre cuando se dirigía hacia la puerta trasera.

Ella se volvió para mirarla, con el cuaderno escondido a su espalda.

—¿Puedo tomar un poco de aire, mamá?

Esta suspiró hondo antes de asentir.

—No te demores, hay mucho trabajo que hacer.

Ella le sonrió y después echó a correr hacia el bosque y luego colina arriba en dirección al manzano olvidado. Al llegar, encontró a Nicholas concentrado en un libro llamado: *El arte de la guerra*, de un autor llamado Sun Tzu. Como era la costumbre, ella se sentó a su lado.

—¿Lo robaste? —le preguntó abrazándose a sus rodillas sin mirarlo, y hojeando su propio cuaderno.

Sabía que él entendía el sentido de su pregunta.

—Algo así, por lo que debes esconderlo muy bien para que nadie

lo descubra. Me ha costado bastante recuperarlo —repuso bastante jactancioso.

—Gracias —murmuró quedándose en silencio. Él también—. ¿Me dirás por qué te peleaste con William? —indagó luego de la pausa silente en la que se habían quedado ambos.

—Eso es porque el idiota se estaba riendo de tus poemas frente a sus amigos.

—¿Y por eso lo golpeaste?

—No está bien burlarse de los sentimientos de una niña —arguyó con un alzamiento de sus grandes hombros.

Josephine se rio.

—Era una niña cuando los escribí, así que tiene sentido que se burle de ellos. Al final solo fueron tonterías.

—¿Y eso qué? Te aseguro que él no es capaz ni de escribir bien su propia firma —dijo mofándose de su hermano mayor.

Josephine se volteó a mirarlo.

—Está decidido, me iré a Londres la otra semana.

—También me iré, me volveré al ejército —anunció él como si se hubiesen puesto de acuerdo.

—¿En serio quieres hacerlo?

—No es que tenga más opciones, así que prefiero convertirme en un héroe de guerra.

—Ya eres un héroe, Nicholas —le dijo apretando su cuaderno y con los ojos aguados.

—¿Me escribirías cartas, Josephine? —la pregunta la tomó por sorpresa.

—Prometí no volver a hacerlo para no meter a mis padres en problemas —dijo poniéndose en pie.

—Está bien, no importa, pero ojalá no dejes de hacerlo para darle gusto a los demás —le expresó Nicholas cuando ella se disponía a

marcharse.

—Tal vez lo haga, cuando tenga un cuaderno nuevo —dijo mostrándole el que tenía casi destrozado en sus manos.

Nicholas la miró con una sonrisa apretada en los labios, al igual que ella, y ese fue el único gesto de despedida que tuvieron entre los dos, demostrándose un poco de la silenciosa complicidad que se había arraigado entre ambos. A la semana siguiente, Josephine partió a Londres con una maleta pequeña en sus manos, siendo despedida solo por el llanto de su madre y la congoja de su padre, y un mes después, Nicholas partió a la guerra para unirse a la armada británica que estaba peleando contra las fuerzas de Napoleón.

Capítulo 12

Londres, 1815

—Josephine, ¿puedes apurarte con eso? Y ustedes no se distraigan, que el vestido debe estar listo para que la señora Warfield lo luzca esta noche. —Madame Larcher la apremió para que trajera la pieza que necesitaban para ponerle el último adorno al vestido de la cliente predilecta de la tienda.

—¡Aquí está! —exclamó Josephine dejando sobre la mesa de confección el pesado rollo de encaje de seda dorada.

Había tenido que bajar al sótano para verificar que la tuvieran en la bodega y de paso traerla. Madame Larcher arrugó la cara.

—Bueno, ¿qué esperas? Ha sido tu idea proponerle semejante modelo a lady Warfield.

Josephine rio contenta de que todo el sacrificio que hicieron sus padres, obligados por la condesa, hubiera dado los frutos de los que podía jactarse. Ocho años habían pasado desde que la desterraron de Walton Hill, y cinco desde que su ingenio como modista fuera reconocido por madame Larcher, quien le dejaba proponer sus propias creaciones, resultado de su continuo estudio sobre la moda. Mientras sacaba las tijeras y cortaba los patrones de encaje que

necesitaría para terminar su nueva invención, sopló sobre su mechón largo color castaño claro que se le había salido del moño, y sonrió hasta terminar de cortar los apliques de encaje que llevaría el vestido.

—¡Bien! Solo queda coser —dijo a las otras dos costureras que trabajaban con ella en el vestido, quienes se pusieron manos a la obra.

El trabajo terminó a tiempo y para las seis de la tarde, ella misma ya se encontraba en la mansión de lady Warfield, arreglando cualquier imperfecto en su ropa que la hiciera ver desaliñada, para entregarle la prenda que luciría en la fiesta que ofrecería en la noche.

Como esperaba, todo era ir y venir en la enorme casa, y ver eso le trajo recuerdos, aunque la escena fuera recurrente a lo largo de los años.

—Milady la espera en el salón —le anunció la criada, indicándole que la siguiera.

Ella se atusó el tocado en su cabeza cuando pasó frente al enorme espejo redondo que la señora había hecho colocar en el vestíbulo, solo para tener ocasión de admirarse tanto al entrar como al salir de su casa. Al llegar al salón, la mujer de mediana edad y modales algo estrafalarios ya la esperaba, juntando sus manos con mucha emoción.

—Vamos, déjame verlo —la urgió, a lo que Josephine se apresuró para colocarlo en el maniquí.

Después que terminó, se hizo a un lado llevando las manos a su espalda para que lady Warfield lo inspeccionara. Si bien era una mujer a la que le gustaba imponer modas, antes se aseguraba de poder lucirlas con éxito. Sin embargo, esta se quedó en silencio, observando cada detalle del vestido expuesto, tanto que usó su

monóculo para observar el bordado del encaje en el escote, para que no se viera demasiado bajo, haciéndolo modesto y menos atrevido para su edad.

Esta se alejó y luego la miró.

—Ha quedado perfecto, querida Jo —festejó la pomposa dama causándole alivio.

Lo cierto es que la mujer siempre le representaba un desafío, sin embargo, a Josephine le gustaba afrontarlos porque, a pesar de salirse un poco del canon que debían tener las damas burguesas como ella, era la que mejores contactos tenía en la sociedad noble, e incluso se vanagloriaba de haber sido invitada a un banquete en la afamada Carlton House, por lo que tenía en su haber social tanto aduladores, como detractores que la escalaban al nivel de una vulgar meretriz.

—Me alegra que haya llenado sus expectativas, milady —manifestó Josephine, mientras esta daba órdenes para que empezaran a preparar su ajuar de joyas para la fiesta.

—Extremadamente. Tienes un talento increíble, así que prepárate para recibir abundantes pedidos de un modelito casi igual a este de esas damas envidiosas a las que no les gusta admitir que les encanta copiarme; pero sin duda madame Larcher lo agradecerá —se mofó jactanciosa.

Jo también rio con su complicidad, porque si algo marcaba la pauta en las fiestas de la sociedad aristócrata, eran los chismes que quedaban después y a lady Warfield le encantaba provocarlos, de allí que sus fiestas fueran frecuentes y por cualquier pretexto. Meditó en que esto no era diferente de lo que ocurría en el condado y sacudió su cabeza para no pensar en ello.

—¿No te gustaría asistir? —le preguntó lady Warfield. Sin embargo, no era la primera vez que la instaba a acompañarla, pero

ella, como en las invitaciones anteriores, declinó.

—No lo creo, milady. Además, madame Larcher podría enojarse conmigo por irme de fiesta y dejar el trabajo.

—Es una pena, pero eres una modista excelente y todos deberían saber quién está detrás de estas maravillas.

—Me conformo con que la tienda se llene de los pedidos de esas damas al día siguiente —le porfió divertida.

—Y tenlo por seguro —afirmó lady Warfield, señalándola con su dedo—, aunque también podrías aprovechar la oportunidad para encontrar un buen marido —añadió la mujer haciéndola reír algo nerviosa, porque en el fondo no se consideraba como tal.

Y después de los problemas en los que se había metido con sus declaraciones febriles e infantiles, decidió no pensar en ello jamás. Sin embargo, había roto a medias su propia promesa de no volver a escribir, porque lo había hecho para Nicholas, solo que jamás se atrevió a enviárselas. Sacudió su cabeza de nuevo para espantar esos pensamientos.

—Sería una suerte si alguno se fijara en mí —adujo, y antes de que la honorable dama siguiera hilando la cuerda sobre su belleza, añadió—. Será mejor que me vaya, porque madame Larcher debe estar comiéndose las uñas esperando que todo haya salido bien.

Acto seguido se despidió con una leve inclinación y salió de la mansión, donde empezaban a encenderse las luces de las lámparas y candelabros. Respiró hondo cuando estuvo fuera, y aunque podía devolverse en un coche, decidió mejor echar a correr, agarrando su sombrero para que no se le cayera, por todo Covent Garden hasta el taller.

Después de dar las buenas nuevas a su jefa y sus compañeras sobre el recibimiento con vítores del vestido por parte de lady Warfield, terminó de ayudar en la tienda y, luego de cerrar, se dirigió

a su sencilla residencia en Holborn.

Tras saludar a su casera con una sonrisa, quien solía mirarla siempre con cautela al ser una señorita solitaria, se dirigió a su piso, y lo primero que hizo fue quitarse el sombrero y las botas. Por suerte era viernes y volvería a trabajar en el taller el lunes. Luego sonrió porque su madre vendría de visita el fin de semana, y eso le hacía mucha ilusión. Además, esta vez, esperaba escuchar noticias de Nicholas, quien no había regresado desde que se marchara a la guerra.

Tragó con fuerza, volviendo a sentirse un poco mal por no haberle enviado ninguna de las cartas que había escrito con mucho entusiasmo para él, aunque en el fondo imaginó que eso ya no importaba, y solo anhelaba que todavía estuviese *vivo*.

Capítulo 13

Pese al ajetreo del día anterior, Josephine se levantó muy temprano para limpiar y preparar todo para la llegada de su madre, quien lo haría hacia el mediodía, y aunque el recorrido seguía siendo largo desde Survey, por lo menos era cómodo, porque con su acomodado salario podía pagarle un cómodo asiento en una calesa.

Su madre le decía que el gasto no era necesario, pero algo que no había cambiado en esos ocho años era que ellos seguían siendo los modistos del castillo de Walton Hill, y aunque ninguno de los dos se lo mencionaba, el valor de su paga parecía haberse congelado desde que quedaran bajo las órdenes del nuevo conde, William Ashworth, quien finalmente terminó casándose con la señorita Mary Barnett. Cuando su madre le dio la noticia, a pesar de la protesta de su padre, quien odiaba importunarla con esos *asuntos* desde que la hicieran marchar, Josephine no sintió nada. Que le diera igual solo la hizo sonreír, pues en el fondo eso confirmaba que aquella tontería infantil solo había servido para apartarla de su familia.

Josephine se despabiló y terminó de arreglar su cómodo y sencillo piso. Miró la hora: eran las diez. Decidió salir a comprar flores para su jarrón y, de paso, pan y queso para merendar. Al salir a la calle, y

luego de respirar el aire mañanero, no pudo evitar acercarse a un puesto de revistas para ver qué comentarios dejaba la gala de lady Warfield.

Compró *The London Gazette* y fue hojeándolo por todo el camino hasta la plaza de mercado. Al encontrar la página que buscaba, que era la de notas candentes en la sección social, se disponía a empezar a leerla cuando alguien, que iba más apurado que ella, la tropezó, causando que el periódico se le cayera de las manos en el suelo pavimentado de piedras y casi perdiera el equilibro. Tuvo que agacharse a recogerlo.

Arrugó la cara con desdén, observando la espalda del hombre uniformado que la había tumbado y que ni siquiera se dignó a disculparse o ayudarla siguiendo apurado su camino hacia la plaza principal. Sin embargo, el enojo se fue al ponerse en pie, observando la noticia del día: se anunciaba el fin definitivo del imperio francés y la derrota de Napoleón Bonaparte en la decisiva batalla de Waterloo, ocurrida hacía unos días atrás y cuyo desenlace había traído muchas expectativas.

El anuncio del fin de la guerra le causaba una tranquilidad inefable, luego de haber estado viviendo con mucha zozobra sobre la amenazante invasión francesa. Todo esto la hacía pensar en Nicholas, quien no dudaba que estuviera en la primera línea de todo esto, y aún en las cartas *no entregadas*, le escribía para animarle a soportar todo lo que habría vivido en medio del combate.

La razón de no hacerlo tenía dos factores: uno, jamás se las harían llegar, y dos, no sabía a dónde enviárselas. Por lo que solo quedaron escritas con un destinatario cuya dirección *desconocía*. Se despabiló de sus pensamientos y, luego de doblar el periódico, lo guardó en su bolsa y siguió con su cometido o eso intentó porque el tropiezo con el oficial solo era la muestra del jubiloso caos que la

noticia había traído con ello, abarrotando la plaza de carretas devolviendo a sus hogares muchos de los soldados que empezaron a retornar de la guerra, vivos, aunque algo diezmados. Eso le hizo imaginar que tal vez, solo tal vez, pudiera ver a Nicholas bajar de alguno de ellos, pero era impensable que llegara allí y no a su casa. Sacudió su cabeza y se apresuró para cumplir su cometido.

Primero compró un hermoso y colorido ramo de gerberas frescas y después se dirigió a la panadería donde se llevó lo siguiente en su lista. Con su canasta llena volvió a su casa y luego de comer un poco de pan, queso y un vaso tibio de leche y té, se preparó para esperar a su madre, asomándose a cada rato por la ventana que daba a la calle principal.

Reservó una gerbera roja en su mano, hasta que casi se desanimó y pensó en ir a buscarla a la plaza, porque la afluencia de llegada de viajeros retrasaba algunas entradas a la capital. Decidió seguir esperando hasta que por fin la calesa de su madre llegó y los ojos se le aguaron como cada que ella venía de visita.

Habría deseado que su padre también viniera, pero su responsabilidad como sastre titular lo obligaba a quedarse, por lo que a lo largo de todo ese tiempo solo pudo verlo dos veces y por separado. Jo bajó casi corriendo a recibirla.

—¡Jo! —gritó su madre al apearse del carruaje y fue a abrazarla.

—Ya estaba preocupada —le dijo luego del largo y afectuoso recibimiento.

—Yo también, solo espero que el regreso no sea tan caótico.

—Creo que durará un poco, son muchos los que quieren volver a casa, mamá —le dijo mientras le entregaba la gerbera y le quitaba la pequeña valija para llevarla ella, después de despedir al conductor de la calesa.

—Te ves cansada —le dijo su madre.

—Tú también —le rechistó y ambas rieron entrando en casa.

—En parte por el viaje, pero yo ya estoy vieja, y tú en cambio eres joven —comentó su madre.

Ella arrugó el ceño. Si había un tema del que le hablaba su madre las últimas veces que había venido, era sobre *matrimonio* y *estabilidad*, algo de lo que Josephine todavía no quería hablar. No obstante, a diferencia de lady Warfield que se olvidaba de insistirle con ello luego que se ponía en modo fiesta, con su madre era lo contrario; sin embargo, tampoco pensaba cambiar de decisión.

—Lo sé, mamá —dijo con aire cansino—, pero mejor entremos para que te asees y luego saldremos para comer el almuerzo.

—¡Ya sabes que no me gusta que hagas ese desperdicio de dinero! Puedo prepararte algo aquí —exclamó su madre espantada haciéndola sonreír.

—Sabes que eso no es problema para mí —adujo alzando la voz porque sabía que la fisgona de su casera espiaba sus pasos tras su puerta—. ¿Qué te parece? —le preguntó exultante cuando abrió la puerta mostrándole su cómodo y modesto hogar al que se había mudado hacía dos meses.

—Pienso que estás despilfarrando tu dinero y ya veo por qué tu cocina está tan vacía —adujo su madre.

—Es que odio cocinar, pero eso no me molesta porque vivo cómoda —se jactó a sus anchas haciendo reír y negar con la cabeza a su madre.

Capítulo 14

Le costó un poco, pero al final terminó convenciéndola de almorzar en el puesto de comida de pescados y mariscos junto al puerto marítimo, divirtiéndose a sus anchas con las caras que hacía cuando pidió un plato de ostras y arenques en escabeche.

—Esto es demasiado, Josephine—expuso Amelia Gray mirando a su alrededor en su recurrente queja sobre los despilfarros de su única hija.

—Mamá, deja ya de preocuparte por eso y disfruta de tu comida, además, compramos unos pescados para que se los lleves a papá —dijo para cambiar la conversación—. Cuéntame cómo se encuentra él.

—¿Cómo crees? Más viejo que nunca, y también preocupado —adujo su madre haciéndole poner cara de aburrida y admitiendo que no fue una buena opción porque volverían al mismo tema.

—No hablemos de eso, por favor —se quejó.

—Sí lo haremos, ya es tiempo. Además, tu padre y yo estamos preocupados por tu futuro.

—Mi futuro está perfecto, ¿no lo ves? —presumió señalándose a sí misma.

—Josephine, esto es en serio. Es hora de pensar en un esposo para ti, y ya estamos pensando en algunos candidatos.

—Mamá —refunfuñó odiando su alusión a "candidatos".

No sabía quiénes eran y tampoco quería descubrirlo.

—Sin peros. Tu padre y yo deseamos morir tranquilos y en paz después de ver a nuestros nietos —le espetó frunciendo el ceño porque ella no pudo evitar mofarse de ello.

—Bien, ¿y a qué se debe tanto empeño en buscarme pretendientes? Aunque dudo que haya alguno interesado en mí.

—Los hay.

—Que bien, pero aún no quiero conocerlos.

—El tiempo pasa, Josephine, y no serás joven y bella por siempre —adujo su madre con una expresión demasiado seria en su rostro que no le gustó, intuyendo por dentro a qué se debía su empecinamiento en que ella se casara, y ese pensamiento le gustaba aún menos.

—¿Todavía siguen odiándome por mis tonterías? —preguntó sacándole un resoplido.

—No creo que sea tanto eso.

Su respuesta la confundió.

—¿Entonces? —indagó inclinándose hacia adelante.

Estaban en un lugar bastante concurrido, y había mucho ruido a su alrededor.

—Compruébalo tú misma —dijo su madre al tiempo que sacaba un sobre del bolso de lujo que le había regalado en su visita anterior seis meses atrás y que le había obsequiado lady Warfield. Ella consideró que iba más con su madre, aunque esta había manifestado que jamás lo usaría.

Lo que la hizo sonreír negando con la cabeza. Pero cuando vio qué se trataba de una ostentosa rogativa de Eveline, palideció

demudando su festivo semblante hasta el enojo.

—¡Esa mujer debe estar de broma! —exclamó luego de terminar de leer el contenido que se remontaba a su deseo de que fuera a confeccionarle su traje de novia, dado que su madre le había hablado de lo importante que se había vuelto en la modistería. Detalle que también le resaltaba.

A Jo no le hicieron gracia sus halagos impostados; sin embargo, reconoció que la carta no la había escrito ella, y parecía hecha por alguien con mejor caligrafía, porque la suya apestaba y supo que no la había mejorado ni con el tiempo.

—También creí que no lo decía en serio, pero cuando se enteró que venía a visitarte, se presentó en la cabaña y me la entregó ella misma para que no me negara.

—No tengo por qué hacerlo, además es la primera vez que se dirige a mí en años —declaró irritada Josephine.

—Tienes razón, pero también se trata de lealtad con la familia. Además, mencionó que lady Florence manifestó su deseo de verte.

—¿Después de que me echó tan sutilmente, privándome de ustedes? —se quejó apretando sus labios con un mohín.

—Si no hubieras escrito esas cosas, tal vez todo sería diferente —arguyó su madre haciéndola sentir un poco mal.

Ellas habían estado obviando el tema por años, pero Josephine intuyó que tampoco sería por siempre y entendía que a su madre eso aún le supiera fatal.

—Si lo miras bien, tampoco era tan grave.

—Ofendiste a las amigas de tu ama, y pusiste tus ojos en quien no debías.

—Solo fueron unas tontas letras, pero eso ya no tiene importancia. William está casado con la odiosa de la señorita Barnett —repuso con un alzamiento de hombros.

—Entonces, si ya no lo tiene, podrás hacer esto con altura y demostrar que no eres de guardar rencores.

—Ay, mamá —bufó con hastío. Luego la miró porque esta no parecía reír con su reacción.

—Tampoco fue tan malo, porque esto te ha permitido volar con tus propias alas —adujo su madre.

—Lo sé —admitió, luego tragó con fuerza para consultar sobre lo siguiente sin que su madre pensara que estaba interesada—. Hablando de regresar, ¿el joven Nicholas ha vuelto al castillo?

Su madre se quedó pensativa por un momento, pero al final le contestó.

—No hay nada confirmado porque parece negado a volver a su hogar. Al menos debería hacerlo por la enfermedad de su padre —respondió—. Sin embargo, las buenas noticias sobre su desempeño en la guerra se han hecho eco en todo Survey —comentó con un poco más de emoción.

—¿Lo dices en serio, mamá? —preguntó, aunque no lo dudaba porque ese era su objetivo. Convertirse en un *héroe de guerra*.

—Sí, incluso se dice que fue condecorado por su majestad, Jorge III, a pesar de su pérdida de lucidez, y en presencia del príncipe regente, pero a Lord William no le gusta mucho que se hable demasiado del asunto. Ya sabes que él decidió no ir a luchar en nombre del rey como si lo hizo su hermano menor, que es quien está recibiendo todos esos elogios, mientras se habla de él a sus espaldas. Nada es lo mismo desde que sucediera a su padre, el venerable lord Everet —comentó y esto último lo hizo con gran pesar.

Josephine conocía del aprecio que ellos le tenían al viejo conde. Y ella también, desde que le permitiera aprender junto a Eveline, hasta que esta la desechó por sus adineradas amigas.

—Eso debería avergonzarlo —comentó.

—Suponemos que sí, pero es mejor no mencionarlo en voz alta —murmuró.

—¿Cómo crees que recibirían al señorito si volviera? —le preguntó poniéndose un poco seria.

Tampoco quería que ella pensara que albergaba otra clase de sentimientos por Nicholas, que no fueran *admiración*. Aunque pensar en él la acongojaba, pero también le aceleraba un poco el corazón.

—Como todo un héroe, porque ha demostrado que tiene más pantalones que su hermano mayor —declaró su madre exultante.

—De eso no hay duda, mamá —se mofó recordando lo ancho y redondo que era, atrayendo un poco de nostalgia con ello.

Su madre rio también, aunque supuso que era por recordar las muchas telas que tenía que usar en los chalecos, pantalones y levitas de Nicholas y que aun él mismo admitía con una desfachatada gracia y sin ninguna vergüenza.

—Tienes que hacerlo, Josephine —dijo su madre tras la divertida charla.

—Mamá…

—Debes ir, y después de que por fin se case lady Eveline, pensaremos en tu matrimonio.

Por un momento quería responder a su madre, pero luego lo pensó mejor, y así tal vez ganaría un poco más de tiempo para retrasar esa decisión en la que ya se había enfrascado su progenitora.

—Está bien —dijo, aunque no le hacía mucha gracia volver a encontrarse con su antipática ex ama—, pero con una condición —añadió, y Amelia la miró con seriedad.

—¿Cuál?

—No hablaremos del asunto del matrimonio, por lo menos hasta

dentro de dos años.

—¡Josephine Antonia Gray! —exclamó su nombre como un regaño.

—¿Es un trato mamá? —preguntó con voz inocente.

Esta suspiró con fuerza antes de aceptar.

Capítulo 15

Josephine despidió a su madre en la calesa que la llevaría de vuelta dos días después. Pese a los desacuerdos del comienzo, como ocurría usualmente en sus visitas, terminaron disfrutando de muchos buenos momentos como madre e hija. Y sin poder evitarlo, ella también tendría que volver el mes siguiente a esas lejanas tierras.

Habría deseado retrasar su regreso muchos años más; no obstante, en el fondo pensó que quizás ya era tiempo de volver a mirar las caras amables, y no tanto, de su pasado. Con ese pensamiento en la cabeza, el martes por la mañana salió de su casa y, sumergiéndose entre la gente, caminó hasta la tienda de costuras, donde madame Larcher la esperaba. Su gesto le hizo pensar que, a lo mejor, no estaría muy feliz de escuchar que se ausentaría la siguiente temporada con todos los encargos que tenían encima. Sin embargo, se apuraría con ellos para poder marcharse con más tranquilidad.

—Supongo que me descontará el día de ayer —le dijo algo socarrona, habiéndola avisado con anterioridad que su madre vendría para quedarse el fin de semana, aunque al final esta no se había marchado hasta el lunes debido a la congestión de tráfico con

la llegada masiva de los combatientes.

—¿Lo han pasado bien tú y tu madre? —le preguntó con seriedad.

—¡De maravilla! —contestó exagerando el gesto.

—Entonces no te lo descontaré —repuso la mujer, sin embargo, su risa se apagó con la noticia que le traía sobre su próximo viaje—. ¿Sucede algo Josephine? —inquirió como esperaba.

Madame Larcher, en el fondo, tenía algo de adivina con todas ellas, fruto de su gran experiencia de la vida.

—Voy a tener que viajar a casa el siguiente mes —reveló su asunto.

—¿Algún problema en casa?

—No, papá está bien, se trata de lady Eveline Ashworth. Se casará pronto y ha pedido que le ayude a confeccionar su vestido de novia —añadió entrelazando sus dedos al frente.

—¿Y lo harás? Creí que le guardabas algún resentimiento a esa señorita.

Jo reconoció su astucia por lo que sonrió.

—Ya lo he olvidado, además se trata de algo de honor.

—¿En serio quieres ir a coserle su vestido? —la cuestionó.

No le era extraño que lo hiciera, puesto que cuando llegó a la casa de costuras para quedar bajo su cuidado y educación para perfeccionar su arte, hubo un momento en que Josephine se sinceró y le contó la verdadera razón de su exilio, a lo que la señora Larcher se comprometió a instruirla lo mejor posible para que se convirtiera en la mejor, aunque en el proceso la hizo llorar bastante.

—No tengo más remedio, además mi madre ha empezado de nuevo con el tema del matrimonio.

—¿Y lo haces por eso?

—No, pero si acepto ir dejará de molestarme con ello por un buen tiempo, por lo menos hasta que se case la señorita —respondió,

aunque en el fondo se cuestionó por primera vez por qué Eveline no se había casado en todo ese tiempo.

Aunque no estaba bien visto que hubiera damas solteras después de los veinte porque ya las empezaban a considerar solteronas, ella podía darse el lujo de ello si lo deseaba, pero Eveline era una dama noble con deberes ineludibles que cumplir. Entre ellos casarse era prioritario sino quería perder su buena reputación.

—¿No piensas casarte, Josephine? —la cuestionó yendo directo al punto álgido.

Tragó saliva con fuerza antes de hablar.

—No se trata de eso, solo que todavía no es el momento de pensar en ello.

—Deberías hacerlo, toda la sociedad se preocupa por eso, y tus padres no serán la excepción.

Josephine arrugó la cara.

—Lo sé, pero me niego a pensar en ello.

—Sin embargo, tendrás que hacerlo en algún momento —adujo la señora Larcher.

—Pero no todavía —repitió poniendo cara de circunstancias que hizo reír a su jefa de forma adusta.

Las demás compañeras empezaron a llegar y eso fue suficiente para que la conversación terminara allí, y el taller de confección empezara a cobrar vida con la lista de pedidos que había llegado producto de la infalible influencia de lady Warfield. Al terminar el día de trabajo, Josephine estaba agotada, pero contenta. Además, la señora Larcher terminó aceptando que se ausentara el siguiente mes.

A ella todavía no le hacía mucha gracia ponerse a preparar ese viaje, pero al final aceptó que no podía hacer nada al respecto. No obstante, algo le decía que Eveline, tal vez, tuviera una segunda

intención con ello, puesto que nunca superó que ella escribiera mucho mejor. Pensando en ello se dirigió al cajón bajo llave de su armario, de donde sacó las cartas que había escrito y entonces leyó la primera de ellas:

12 de diciembre de 1807

Querido Nicholas,

Parece que al final sí decidí volver a escribir, por lo que esta carta es para ti. Sé que mencionaste que no tenías más opción que ir a pelear a la guerra para convertirte en un héroe, pero estoy segura de que el destino te presentará muchas más posibilidades de las que esperas. Escribo esta carta, pero ni siquiera estoy segura de que la vas a recibir. Aun así, espero que algún día sepas que cumplí mi promesa.

Vuelve con vida,

Josephine.

Sus ojos se aguaron al terminar de leer lo que nunca dejaría de considerar sus tontas letras, aunque escribirlas en su momento, para él, le daban un poco de sentido. Solo que, en ese instante, no pensó que tuviera ninguno. Volvió a guardarla en el cajón, y mentalmente se preparó para lo que sería su eventual regreso, en el que quizás Nicholas no estaría.

***

El tiempo transcurrió y un mes después, Josephine se embarcaba en una calesa de primera clase, para su viaje de regreso a Walton Hill, justo cuando se anunciaba con júbilo en todos los diarios, gacetas y periódicos el exilio de Napoleón a la remota isla de Santa Elena,

poniendo el fin definitivo a sus delirios de grandeza.

Capítulo 16

Josephine habría deseado que el viaje se hiciera aún más largo, muy diferente a lo que vivió cuando había partido de Walton Hill, en cuyo trayecto hasta Londres, que lo hizo llorando, debido a la abrupta separación y el desarraigo. Sin embargo, en esta ocasión, ocurrió todo lo contrario, porque viajaba cómoda e iba cargada de regalos para sus padres, y hasta había comprado algo para Nicholas, en caso de que lo volviera a ver.

En medio de su zozobra por lo que iba a encontrarse cuando arribara al condado, disfrutó de las maravillas de viajar en primera clase, un gasto que se podía permitir. Disfrutaba de las vistas del bonito paisaje del camino, entre ellas Norbury Park, la exuberante reserva que dejó atrás antes de adentrarse a las inmediaciones del condado. Y como todo punto de partida que llegaba a su fin; su recorrido terminó en Guilford Town.

Allí la esperaba su padre, quien vino a recogerla en su vieja carreta que se empeñaba en mantenerla impecable. Ella no dudó en correr y abrazarse a su cuello.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó quitándole su costoso equipaje para llevarlo él y ponerlo en la parte de atrás junto a las demás

cosas que trajo y que les ayudó a acomodar el conductor de la calesa antes de despedirlo.

—¡Ha sido increíble! —manifestó con emoción haciendo ensanchar la sonrisa en la cara de su padre.

No solía alardear, pero por primera vez sintió que quería mostrar en lo que se había convertido, que ya no era la misma chiquilla temerosa que se había marchado años atrás. No obstante, no tuvo que esmerarse mucho en hacerlo, puesto que le fue imposible que su figura alta y estilizada, junto a la elegancia de su ropa, no pasaran desapercibidas tanto entre las mujeres como con los elegantes caballeros jóvenes y adultos, que se volteaban a mirarla.

Esto la hizo reír con mucha picardía, aunque su padre no pareció fijarse en nada de ello puesto que solo estaba concentrado en ella. Y así fueron caminando hasta que subieron uno al lado del otro en la carreta y emprendieron el camino hasta Walton Hill.

—Ya quiero ver el castillo —emitió mientras su padre arreaba el caballo, haciéndose muchas ideas de cómo se vería con la creciente revolución que se había venido dando en las industrias.

—No creo que haya nada nuevo que ver —adujo su padre sacándola de tajo de sus cavilaciones.

—Bromeas, papá. No creo que William haya querido mantener el antiguo estilo de su padre.

—Ojalá lo hubiese hecho.

—¿Por qué lo dices?

—Ya lo comprobarás tú misma, cariño, pero no será hasta mañana. Por hoy iremos a casa y descansarás del viaje. Mañana te presentarás con las damas del castillo.

El anuncio de su padre no le cayó muy bien.

—¿Entonces sí va a casarse? —preguntó acerca del motivo de su viaje.

—En realidad, aún no —respondió su padre causándole un poco de intriga.

—No entiendo —bufó—, su carta decía que esperaba que yo le confeccionara su vestido de bodas.

—Eso será en caso de que todo salga bien con su compromiso.

—¿No es con alguien del condado? —preguntó curiosa.

Desde que se había alejado, no sabía nada más allá de lo que le contaba su madre de forma escueta, sin embargo, había dado por sentado que Eveline se casaría con algún burgués adinerado de la región, tal como lo hizo William con Mary Barnett, cuyo padre era un millonario banquero.

—No, y eso es porque la señorita se puso demasiado exigente con los caballeros, por lo que no hubo ninguno en todo Survey que llenara sus expectativas. No dudo que esto también sea la causa de los malestares de Lord Everet —comentó su padre.

Ella lo miró esperando que no mencionara sobre que ella tal vez estaba igual, haciéndolos esperar por sus futuros nietos.

«¡Qué diantres!», se dijo para sus adentros sacudiendo esas ideas de su cabeza.

—¿Quieres decir que los despreció a todos? —indagó en su lugar.

—Que nadie te escuche decirlo, pero eso fue hace tres años cuando dejaron de cortejarla y se hiciera odiosa en cada baile que la invitaban por cortesía. Esa también es la razón para que su padre moviera cielo y tierra para lograr un acuerdo matrimonial con el hombre que por fin consideró el adecuado, por lo que no es de por aquí.

—No lo puedo creer, papá; sin embargo, tengo que admitir que Eveline siempre fue hermosa, así que es lógico que consiguiera cumplir su capricho —comentó emocionada de las peripecias de su antigua y odiosa dama, quien seguramente quería restregarle que se

casaría con un noble de la capital, y su padre la miró como si fuese una ignorante. Tal vez lo era porque no alcanzaba a imaginar quién sería el privilegiado futuro esposo—. ¿Se sabe quién es?

Quiso descubrirlo sin más demoras.

—Solo sabemos que es el tercer hijo de un duque que vive en la capital. —La respuesta al enigma casi la hizo reír. Dudaba mucho que Eveline no supiera ni tan siquiera lo que significaba casarse con alguien de tercer nivel—. ¿Qué es gracioso? —la inquirió su padre, quien esos temas los trataba con mucho respeto y rigor.

—Nada, continúa, papá —lo instó.

Este cambió su semblante y siguió hablando.

—Solo se sabe que su nombre es Lord Finneas Barkley y que estará llegando al castillo en tres días junto a su tutora. La condesa ha mandado preparar la casa de invitados para atenderlos como reyes.

—Parece que a alguien le urge deshacerse de Eveline —se mofó Josephine.

—Y todos en el fondo esperamos que lo logre. La señorita se ha vuelto un poco insufrible para tu madre —adujo su padre.

—Dudo que ese caballero se niegue a aceptarla —expresó Josephine, a lo que su padre rio, como si él supiera algo que ella ignoraba.

Pero no pudo enojarse por dejarla con la duda porque por fin vislumbraron la alta colina donde se alzaba el castillo de Walton Hill, y lo primero que notó es que el recuerdo de antaño se había resquebrajado con el tiempo. Eso le hizo reconocer lo que su padre mencionara sobre que William no hizo nada por remodelar, porque las simientes parecían empezar a caerse a pedazos, y lo cierto era que nada se mantenía en el tiempo, porque aquello que no se renovaba, terminaba marchitándose. Lo mismo ocurría con la moda,

que cambiaba con el paso de las temporadas.

Decidió no comentar nada al respecto, y más bien se llenó de curiosidad por saber qué había estado haciendo la señorita Barnett todo ese tiempo, y cuando vio a un par de niños rubios jugando a lo lejos en el jardín, vigilados por una criada, supo de inmediato la respuesta.

—Hemos llegado —le dijo su padre haciendo que se volviera hacia delante, donde ya se vislumbraba la cabaña en la que todavía seguían viviendo.

Su madre estaba en la portezuela esperándolos con una gran sonrisa. Una vez su padre hizo detener el caballo dentro del patio cercado, Josephine sonrió al sentirse de nuevo en casa.

Capítulo 17

Después de la llegada a casa de sus padres, todo fue hablar y cotorrear sobre lo último en moda, para ponerlos al tanto con las tendencias del momento mientras les entregaba sus regalos. Su madre solía arrugar la cara, aunque esto solo era para disimular porque al final terminaba muy feliz con el chal y las bonitas bufandas que le traía para la temporada de frío. Finalmente, llegó el momento de descansar, metiéndose en la cama que su madre había arreglado con sábanas limpias, pero con el recuerdo de antaño de su niñez.

Al día siguiente, como lo había anunciado su padre, y en compañía de ambos, se dirigieron al, antes majestuoso y señorial, castillo de Walton Hill. Allí no fueron recibidos por el mayordomo que ella recordaba, sino por la mujer que ocupaba el cargo de ama de llaves y que antes había desempeñado la labor de jefe de las criadas: la señora Helbert. Esta medio le sonrió al verla con un leve asentimiento. Era claro que la recordaba muy bien, y acto seguido les pidió que la siguieran.

El recorrido hacia el célebre Salón Primavera, donde los esperaban, le trajo recuerdos de antaño; sin embargo, mientras se trasladaban de la entrada de servicio hacia la galería, todo parecía

haberse estancado en el tiempo. Volvió a mirar la hilera de cuadros que adornaban la pared del ancho pasillo, donde había visto cuando colocaban el de William.

No obstante, esta vez sólo se fijó en el de Nicholas. En su figura regordeta, de rostro tierno y apacible, lleno de la amabilidad que siempre recordaba. Algo que no había visto en ese tiempo porque se había cegado con la imponencia del porte y la belleza de William. No obstante, en esta ocasión, mientras se alejaba, le dio la impresión de que Nicholas había decidido que lo retrataran como alguien que parecía mofarse de todo y de todos, como una forma sutil de *venganza* y *defensa*.

—¡Josephine, no te detengas! —exclamó su madre, sólo que esta vez no había necesidad de llevarla a rastras de la mano.

Sonrió, apresurándose, porque ya no era aquella niña pequeña a la que había que decirle qué hacer o cómo comportarse. Se había convertido en toda una adulta que había aprendido modales y refinamientos por sí sola.

—Voy, mamá —le dijo poniéndose a su lado.

En el fondo se preguntó por qué ellos seguían siendo tan leales, cuando ya hacía mucho tiempo que debieron salir corriendo de allí, antes de que todo se les viniera encima. Además, con lo que había visto a su llegada e iba descubriendo a su paso, los Ashworth parecía que ya no podían llevar el mismo estilo de vida de antaño. Lo pensaba por la poca gente que había visto deambulando por allí y que la jefe se encargaba de decirle que siguieran con sus asuntos.

Que fuera ella la que estuviera en ese lugar tal vez era una muestra de la decadencia que estaba minando los cimientos de la antes gloriosa fortaleza. La mujer se detuvo frente a la puerta.

—Adelante, las damas los están esperando —dijo la mujer tomando las manijas de la doble puerta y abriéndolas para que ellos

entraran.

Su padre entró el primero y ella junto a su madre se quedaron detrás, guardando la norma. Pese a ello, y debido a que ya no era pequeña, pudo atisbar el tétrico cuadro que representaban las tres deprimentes mujeres que las esperaban en el salón, aunque trataran de mantener en alto sus dignidades: lady Florence (la condesa Madre), a la cabeza, lady Eveline a su lado y lady Mary (la condesa) al otro. Sin embargo, ninguna coincidía con el recuerdo que tenía grabado en su memoria, lo que sugería que tanto su madre como su padre se habían estado guardando algunos detalles de peso, en lo poco que solían contarle.

—Mi hija ha venido como lo pidió, lady Florence —anunció su padre.

«¿Pedir o exigir?», se cuestionó con sorna para sus adentros mientras mantenía el decoro y la cortesía congelados en su cara.

—¿Por qué no nos dejas verte, Josephine? Hemos escuchado grandes maravillas sobre ti —dijo la condesa madre, apoyándose en un bastón con el que parecía sostener en alto su noble estatus y con el cabello entrecano recogido en un discreto moño.

Josephine no se hizo de rogar, y menos al comprobar que, aparte de parecer más vieja, la talla de los pies de lady Barnett (Mary, la condesa) seguía siendo grande, pero eso no era tan trágico como lo que le había ocurrido a Eveline, quien había perdido toda su hermosura y esbeltez viéndose algo gorda. Lo que la hizo reír para sus adentros, con una alegría que no disimuló en su mirada.

Lo que ocasionó que ambas la miraran con los semblantes ensombrecidos, porque quizás ninguna se había hecho una verdadera idea de cómo se vería la otra.

—Es un honor para mí volver a verlas después de tanto tiempo —manifestó Josephine, aunque no sintiera real ninguna palabra.

—Nos alegra escucharlo —dijo la vieja condesa, quien calló el resto de sus palabras al ver que Eveline se movió de su lugar para acercarse a ella.

Josephine quiso retroceder, pero se contuvo cuando Eveline, pareciera emular el recuerdo de aquella primera vez cuando las presentaron, sonriéndole y agarrando sus manos.

—Espero que estas manos diseñen el mejor vestido de novia para mí, seguro que no es difícil, ¿verdad?

Josephine querría haberle dicho que debido a su ancha figura dudaba que algo la hiciera ver bien y no como una vaca envuelta entre lazos y sedas, pero se contuvo mordiéndose la lengua porque ya tenía suficiente con constatar por qué las propuestas cesaron y no solo por sus exigencias. Porque si algo era real para ella, era que, a pesar del dinero y los títulos, los caballeros no eran ciegos, y más después de vivir en el mismo centro del escrutinio de la moda femenina.

—Me esmeraré por ello, milady —respondió con una media sonrisa inclinada más hacia el hartazgo y la socarronería.

La puerta auxiliar del salón se abrió de improviso, ingresando con gran pompa por ella, William, seguido de un joven de levita negra.

—¡Mi señor! —exclamó su madre con sorpresa al verlo, pero este la hizo callar, al igual que a su esposa para que se quedara en su lugar y quien no se tomó el gesto para nada bien.

En cambio, Lord William Ashworth, quien tiempo atrás solía ser el símbolo de la belleza, la varonía y la juventud, parecía haberse dedicado a alimentarse con sus propias virtudes, engordando quizás aún más que el propio Nicholas.

Pese a ello, y a diferencia de su amigo de infancia, este le causaba repulsión, sobre todo por la forma en que la miraba.

—¿Por qué nadie me avisó que vendría? —preguntó como si eso

tuviera demasiada importancia.

Capítulo 18

El gesto no agradó a Josephine, quien hacía maromas mentales para que no se le notara el asco que le causaba. Su nueva y grotesca presencia había desdibujado hasta borrar por completo aquella imagen de perfección que ni siquiera fue inventada o ensalzada por sus delirios de juventud. Con horror admitió que había perdido todo encanto hasta verse repulsivo.

Miró de reojo a Mary y se preguntó si era consciente de que al final se había quedado con el cerdito asqueroso. Esta seguía frunciendo su entrecejo apretando sus puños.

—Porque no se trataba de un asunto importante para su excelencia. Es un tema doméstico entre mujeres —intervino Eveline, quien por fin le había soltado las manos.

William la miró.

—Supongo —adujo volviéndose otra vez hacia ella, quien se sintió ofendida con su forma poco apropiada de mirarle, sobre todo alguien de su abolengo.

—Entonces, espero que la inviten a la fiesta —mencionó haciendo resoplar audiblemente a todos, e incluyéndola.

—Milord —llamó Mary su atención, apretando los dientes, a lo que

este le frunció el ceño interrogante—, no hemos planificado una fiesta, solo la del compromiso de mi cuñada Eveline —añadió con la voz trémula, lo que indicaba que en el fondo le temía y obedecería lo que él ordenara quisiera o no.

—Así es, hermano —dijo Eveline, a lo que este le alzó una ceja.

—Entonces, no olvides incluirla —añadió para más *inri* de Josephine, quien ya se quería ir, debido a que el zafiro con el que había comparado alguna vez a William había resultado ser una piedra barata y falsa.

Por suerte, después de eso, hizo una reverencia a Josephine y se marchó del salón con su empleado detrás.

—Al parecer, mi marido guarda buenos afectos por usted, señorita Gray —expuso Mary de forma cortante.

Josephine sonrió queriendo decirle que podía quedárselo porque ella no pensaba tocarlo ni con un palo, pero solo se limitó a sonreír.

—Los arreglos para los vestidos empezarán esta tarde, ya pueden retirarse —añadió la vieja condesa, y tanto ella como sus padres, que habían permanecido callados y expectantes suspiraron bajo.

Luego de asentir con una inclinación, procedieron a retirarse.

—Josephine, ¿puedes venir conmigo un momento? —le pidió Eveline con una vocecita cantarina que la irritó.

Se volvió hacia ella porque su madre la instó a hacerlo.

—Por supuesto —respondió.

De ese modo, tras despedirse de las otras dos damas, sus padres regresaron al taller y ambas salieron a caminar al jardín y directo al invernadero, a quien el verano parecía haberlo dejado bastante marchito. Una vez allí, la invitó a sentarse en una de las poltronas.

—El verano ha sido duro —comentó porque sabía que Josephine estaba reparando en todo a su alrededor.

Ella quiso decirle que a lo mejor estaban escasos de personal.

—Así es, milady.

—Aunque no lo creas, me alegra verte de nuevo.

—A mí también —mintió descaradamente.

—También sé que es difícil que me perdones por lo que pasó, y me hace muy feliz que hayas accedido a hacer mi pedido.

—Tampoco podía negarme —adujo Josephine causando que la risa impostada en la cara redonda de Eveline se esfumara.

—Admito que mi comportamiento fue un poco excesivo, pero no fue mi culpa.

—Lo sé, y está bien que me haya puesto en mi lugar —la reconvino haciéndola enojar, lanzando un resoplido.

—En todo caso, eso ya forma parte del pasado.

—Estoy de acuerdo —repuso Josephine siguiendo el monólogo que le imponía Eveline.

—Y no volverá a ocurrir, ¿verdad?

—De ninguna manera.

—Me alegra escucharlo, Josephine, así que mantente en tu lugar —emitió entrecruzando sus dedos—. Lord Barkley es el hombre por el que he esperado todo este tiempo y quiero que todo salga bien, y vas a ayudarme —añadió sonriendo feliz.

—Lo único a lo que he venido es a confeccionarle un vestido, milady.

—Así es, ¡para que luzca de maravilla! —exclamó exultante.

Josephine suspiró porque, a pesar de su nueva y voluminosa apariencia, seguía siendo la misma niña mimada y caprichosa de sus recuerdos, además de inmadura.

—De acuerdo, si no hay nada más, será mejor que me vaya —dijo poniéndose en pie.

Eveline también lo hizo y le tomó las manos de nuevo.

—Vas a ayudarme a dejarlo deslumbrado, ¿verdad? —dijo, a lo

que Josephine se puso seria.

—Eso no dependerá de mí, si no de la reacción favorable de su futuro prometido —respondió. Después de eso se disculpó y se marchó de allí, meditando en lo solitaria que se veía Eveline.

Capítulo 19

Después de su presentación, en el viejo Salón Primavera, como lo estipulara la vieja condesa, habían empezado los arreglos tanto para el recibimiento del señor Barkley y su tutora, como de la fiesta que se realizaría para tal ocasión.

Debido a ello, Eveline casi la convirtió en su dama, por lo que debió permanecer casi todo el día en el castillo, retrotrayéndola a sus inicios. Sin embargo, aunque eran adultas, la distancia seguía allí, y lady Ashworth se encargaba de remarcarla. Esto no le importaba a Josephine, quien lo único que deseaba era terminar con todo ello y volver a su vida en Londres, porque lo único que la alegraba en medio de aquella situación era poder estar cerca de sus padres.

También le agradaba el hecho de recorrer lugares de antaño, la sala de aprendizaje, y el salón de té y bordado, donde lo más extraño era que parecía clausurado. Lo que la hacía preguntarse qué había sido de todo su grupo de amigas: quizás lo que ocurrió es que solo Mary Barnett consiguió lo que la mayoría anhelaba: cazar a William.

Cargaba con unos vestidos que había tenido que arreglar para la

nueva figura de Eveline, cuando se tropezó con William. Aunque pensó que no era coincidencia, porque el área que ocupaba el conde era el ala oeste, como lo había hecho su padre. Ella apenas y lo miró, porque lo había estado esquivando desde su casi instalación en el castillo desde hacía dos días. Sin embargo, este la detuvo agarrándola del brazo, atreviéndose a hacerlo por primera vez.

—Lord Ashworth —masculló ella retrayéndose.

—¿Puedo preguntarte por qué huyes de mí, Josephine?

—¿No debería hacerlo, milord? —cuestionó haciendo que este alzara sus cejas y luego se riera. Pero no pudo decirle más nada porque dos niños rubios aparecieron en escena corriendo hacia él.

Luego llegó la institutriz y finalmente Mary, quien lo miró frunciendo el ceño.

—Los niños lo estaban buscando, milord —dijo esta.

—¿Y no deberían estar estudiando?

—Están en su descanso. Además, pensé que había venido a saludarlos, ya que andaba por aquí. Ellos suelen extrañarlo mucho —respondió Mary y sus palabras no parecieron halagarlo, por lo que Josephine determinó que no quería estar allí escuchando sobre eso, por lo que se retiró lentamente y en silencio.

Al salir al pasillo corrió hasta la sala de confecciones de té, pero al pasar por la puerta de la biblioteca, esta se hallaba entreabierta y se escuchó la voz de lady Florence, casi regañando a Eveline por el gasto excesivo que estaba causando, a lo que esta le respondió que no tendrían que preocuparse de nada si William se comportara mejor con Mary, ya que así podrían conseguir más dinero de su padre. Lo que hizo resoplar a la condesa madre.

Después de escuchar esa revelación sobre la mala situación por la que estaban pasando, ya que dependían del dinero del suegro de William, huyó de allí hasta la sala a donde Eveline llegó después, sin

percatarse de que las había estado escuchando.

—Espero que hayan quedado a su gusto, milady. Hicimos todas las correcciones que pidió —le dijo señalando el perchero donde los había colocado.

Por dentro pensó que la palabra correcta era "ampliaciones". Eveline se acercó a los vestidos y luego de tocar uno con su mano, le hizo una seña para que se fuera, por lo que esta suspiró con alivio, y sin esperar una palabra más se fue de allí diciéndole que vendría en la mañana.

Salió de allí deseando echar a correr, pero no pudo hacerlo porque se encontró de nuevo con la figura fofa de William cuyos ojos de zafiro se habían desgastado.

—Te escapaste del salón, ¿verdad?

—Eso es porque no me pareció educado quedarme. Lady Barnett parecía contenta de que se reuniera con sus hijos —dijo, a lo que este rio bastante bonachón.

—No te he estado buscando para hablar de eso —arguyó acercándose. Josephine retrocedió hasta casi tropezar su espalda con la pared—. ¿Me pregunto si todavía sigues idealizándome como en esos poemas? —añadió haciendo que arrugara el ceño.

—Ni siquiera recuerdo qué escribí —emitió. Lo último que esperaba era darle cuerda a las intenciones de conversación sin sentido que tenía el conde.

—Estoy seguro de que sí lo recuerdas.

—No lo recuerdo —repitió.

—Si la dama dice que no lo recuerda, ¿por qué insistes en lo contrario?

Las palabras, lejos de venir de alguna de las damas del castillo, lo hicieron de la persona que menos esperaba, pero que ansiaba *volver* a ver.

Nicholas, y la apariencia dura y regia que le había dejado la guerra después de pelear tantos años, la dejaron boquiabierta.

Capítulo 20

—¿Qué demonios haces apareciendo como un fantasma? —lo increpó William enojado.

El contraste entre ambos era tan palpable que daba la impresión de que hubieran cambiado de cuerpo. Sin embargo, nada de eso ocurrió, solo que mientras uno alimentaba su cuerpo, el otro entregaba todo sin reservas.

—Parece que a mi hermano no le hace feliz que haya regresado —manifestó Nicholas, cuyo atuendo impecable de militar le concedía una dignidad que su hermano mayor había perdido.

Este sacó la espada de su funda y la extendió hacia el cuello de William. Todo mientras Josephine parecía no salir de su asombro, tanto que respiraba entrecortada.

—¿Piensas matarme? —La pregunta desdeñosa de William hizo fruncir el ceño a Nicholas, quien todavía no la miraba.

—¡Nicholas! Aleja esa espada de tu hermano.

Quien exclamó esas palabras fue su madre, lady Florence, quien hizo resonar los golpes de su bastón caminando apresurada hacia ambos. Esto fue suficiente para que aparecieran en escena Eveline y Mary, y hasta fueran a avisar a Lord Everet, quien casi no salía de su

cama.

Solo hasta ese momento él se volvió de reojo hacia ella y solo para guiñarle un ojo. Josephine comprendió que le estaba diciendo que ya podía escapar de allí. Ella lo hizo, escabulléndose mientras la algarabía empezaba, con el corazón latiéndole a mil por hora, ya que haber vuelto a ver a Nicholas con vida la había llenado de una súbita emoción, que pensó no se le quitaría hasta que volviese a verlo en la mañana y constatar que no era un fantasma como lo acusó William.

—¡Ha regresado! —chilló a sus padres cuando llegó a la cabaña.

—¿Ya llegó el prometido de Eveline? —le preguntó su madre acercándose, porque se suponía que debería estar por llegar.

—No, es Nicholas, ha vuelto al castillo —dijo la noticia dejándolos a los dos espantados.

—Pero nadie lo ha mencionado —repuso su padre.

—Seguro que no le quedó más remedio que aparecer de improviso —comentó su madre.

—Quizás, pero ha vuelto.

—¿Y por qué te pone tan feliz? Da igual si ha regresado, aunque ojalá sea para poner un poco en cintura al conde —añadió su madre.

—Tal vez regresó por eso. Me he enterado hoy que las finanzas del castillo están terribles —mencionó haciendo que sus padres se quedaran callados—. ¿Lo sabían, verdad? —lo dedujo con su silencio.

—Mientras su padre estuvo al control, todo marchaba bien, pero desde el momento en que él asumió el condado, ha acabado incluso con las reservas debido a la vida libertina que lleva a escondidas de su mujer.

—¿Pero no se supone que el padre de Mary es quien subsidia los gastos con sus préstamos? —preguntó a su padre.

—Hasta que decida cortarlos o ella se marche. —Quien le

respondió fue su madre.

—Si eso está pasando, ¿por qué siguen aquí? Podrían venir conmigo a Londres —expuso Josephine a lo que sus padres se miraron el uno al otro.

—Ni lo pienses, jamás seremos una carga para ti —repuso su padre.

—¡No lo serán! Además, la señora Larcher estaría encantada de tener un taller asociado.

—Olvídalo, Josephine. No nos iremos a ninguna parte —sentenció su progenitor.

—¿Por qué no renuncian y vuelven a la casa de Guilford? —le propuso a su padre, pero este se enojó con un gesto de no querer seguir hablando del tema y su madre le hizo señas de que no insistiera con ello.

Ella resopló con fuerza antes de volver a salir de la casa y dirigirse al patio trasero, caminando de un lado para el otro casi formando una zanja, mientras pensaba enojada en lo testarudo que era su padre.

—¿Vas a hacer surcos en la tierra? —le dijo una voz del otro lado del cercado, haciéndola detener con las manos puestas en la cintura.

Era Nicholas, quien se reía de ella y su graciosa postura. Se acercó a la cerca.

—¿Qué haces aquí?

—¿No quieres verme?

—Pensé que lo haría mañana —respondió.

—Solo quería asegurarme de que habías llegado bien a casa.

—Acabas de llegar y todos deben estar echándote de menos. Deberías estar allá.

—Y tú, ¿no me has echado de menos? —le preguntó haciendo que se le aguaran los ojos.

Entonces levantó la mano y tocó su mejilla con sus dedos temblorosos, por instinto. Se sintió rasposa a su suave tacto, por los atisbos de la barba y él pareció regodearse en ese gesto observándola a los ojos con fijeza.

—Josephine, ¿a dónde te fuiste? —llamó su madre, rompiendo el inesperado encantamiento, justo cuando él había colocado su mano sobre la suya tratando de apresarla en el momento, ella la retiró para volver dentro, con el corazón latiéndole a mil por hora después de ese leve y osado contacto.

Capítulo 21

La noticia del sorpresivo regreso de Nicholas a su casa en Walton Hill no se hizo esperar y terminó regándose como polvo al aire por todo el condado de Survey. Esto reavivó todos aquellos comentarios que se habían estado esparciendo sobre su buen desempeño en la guerra, por lo que ya no hubo nadie que no supiera que el héroe de guerra y oficial de la armada británica, Nicholas Ashworth, había retornado por fin a su tierra. No solo ello se había regado, sino también lo bien que lucía, luego de haber sido por años el patito feo de la familia, aunque Josephine pensaba que por años lo trataron más como el cerdito del sacrificio.

Sin embargo, su nueva apariencia regia y varonil hizo que volvieran las afluencias de las señoritas adineradas al castillo, lo que puso muy feliz a Eveline, que pareció volver a reconciliarse con sus viejas amigas, quienes era obvio buscaban una oportunidad con el guapo hermano menor. Esto causó que el castillo volviera a cobrar vida, aunque no con ello, sus viejos y gastados cimientos. Lo cierto era que la presencia de Nicholas se había convertido en todo un acontecimiento, y en una oportunidad para revitalizar la antigua y resquebrajada propiedad, e incluso al viejo Lord Everet, que por

primera vez puso un pie fuera de su lecho de enfermo.

Debido a esto, William andaba mucho más ocupado en sus labores y no tenía tiempo para molestar a Josephine, quien seguía rehuyéndole cada vez que lo veía. No obstante, se halló de nuevo en aquel viejo bucle donde era relegada a ser la criada de Eveline, quien nuevamente se pavoneaba de tener al hermano más guapo de la región, además de ser toda una celebridad. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a pasar otra vez por esa humillación y se lo haría saber cuando llegara el momento.

—¿Recuerdan a Josephine? —le preguntó Eveline a su grupete de amigas, en el recién abierto Salón de Bordado y Té.

Todas la miraron causándole repelús.

—Por supuesto —respondió la señorita Cornell con desdén.

Josephine ni siquiera recordaba qué burla había escrito de ella, y tampoco trató de hacerlo. No le importaba, pero sabía que a la señorita Cornell sí, porque se le notaba el resentimiento.

—Así es, señoritas, y me alegra verlas a todas —dijo tomando la palabra, lo que sorprendió a Eveline.

—En efecto, ¿por qué no nos traes más té? —le dijo Eveline intentando restablecer la vieja jerarquía.

Ella arrugó el ceño, reconociendo su intención, pero se recordó que no estaba allí para volver a hacer de su criada. No obedeció, lo que hizo que Eveline la mirara con irritación, pero no pudo reconvenirla porque Mary, quien ya estaba exenta de sus fiestas de té, vino a avisarle de la inminente llegada de Lord Barkley, lo que la hizo gritar de emoción y se volviera como loca animada por sus viejas amigas.

—Parece que Eveline no ha cambiado nada. —Quien le dijo esto mientras las otras gritaban, acomodándose todo para recibir al caballero, fue la señorita Brume. Después la tomó del brazo y la

llevó a una esquina—. Mi madre y yo hemos estado haciendo encargos en la casa de costuras de madame Larcher y nos alegró enterarnos que estabas detrás de la confección de dos de nuestros vestidos —añadió sorprendiéndola.

Josephine le sonrió, pero no recordaba haber trabajado en ningún pedido para el condado, aunque de seguro lo hizo sin saber que eran para ellas. No dijo nada, y menos cuando lady Florence trajo al salón a Lord Barkley, quien se quedó abrumado con la cantidad de chicas que había. No obstante, el caballero era joven, agraciado y un tanto tímido.

—¡Josephine! —exclamó la conocida voz de lady Warfield, sorprendiéndola sobremanera de verla allí.

Luego comprendió que era la tutora del futuro prometido de Eveline, haciéndole pensar que el mundo quizás era como un pañuelo. La mujer, algo maniatada por el viaje, se acercó a ella.

—¡Qué sorpresa, lady Warfield! —dijo emocionada a la mujer mientras todas concentraban sus miradas en ella, aunque sin ninguna intención de resaltar.

—Y qué pequeño es el mundo, mira que venir a encontrarte aquí —festejó la mujer.

—Ya lo creo, milady. —Y fue suficiente para que esta la abrazara con mucho cariño.

—¿Ustedes se conocen? —le preguntó Eveline poniéndose ante ambas, con los brazos cruzados al pecho.

—¿Quién es esta jovencita? —preguntó Lady Warfield, escrutándola de pies a cabeza con la mirada, avergonzando un poco a Eveline.

—S-Soy Lady Eveline Ashworth, milady —le respondió complacida y esperando la respuesta de la dama.

Pero si algo tenía Lady Warfield de excéntrica era que no se

guardaba sus reacciones o comentarios.

—Parece que mi sobrino se piensa comprometer con una vaca —dijo riéndose a carcajadas, dejando a todos y hasta a la misma Eveline, tiesos y en un silencio sepulcral que causó mucha pena ajena.

***

Según corrieron los rumores en el castillo, esto hizo que Eveline llorara toda la noche hasta que los ojos se le hincharon, quedándose encerrada en su dormitorio por varios días, porque Lady Warfield le dijo al día siguiente a su sobrino, que montara a su caballo y huyera lo más pronto de allí, acabando con su última esperanza de concretar un buen matrimonio.

Capítulo 22

Pasaron varios días antes de que Eveline volviera a dar la cara, recibiendo las visitas de "sus amigas", quienes no dejaban de venir solo por buscar la ocasión de tropezarse con Nicholas, a quien Josephine solo miraba desde lejos. Desde que Lady Warfield causara semejante escándalo, y antes de que Lady Florence la echara, la tutora se había ido de allí y alquiló una villa en las afueras de Survey, a donde invitó a Josephine a quedarse.

Aunque ella no tuvo nada que ver en el escándalo del rompimiento del compromiso, Eveline la terminó acusando de todo, ya que Josephine había resultado ser una conocida cercana de la mujer, insinuando que estaban confabuladas para desprestigiarla. Y como era de esperarse, la condesa madre se puso de su lado y despidió a sus padres a quienes echó de la propiedad en la que habían habitado por todos esos años. Al final, terminaron regresando a su vieja propiedad en Guilford Town.

Josephine declinó la invitación de la señora Warfield, pero prometió visitarla, puesto que ayudaría a sus padres a instalarse de nuevo. Esperó que estos le tuvieran algo de resentimiento, pero la tajante determinación de echarlos de la condesa madre, porque "ya

les había dado una oportunidad", pareció ser el detonante que esperaban para librarse de su lealtad. Por el contrario, les emocionó la idea de volver a reabrir su taller de costuras en el pueblo, lo que alegró a Josephine. Era como si los hubieran liberado de un peso que no se atrevían a quitarse por sí solos.

—¿Seguro que están bien? —les preguntó Josephine observando cómo revisaban el estado de sus viejas máquinas artesanales.

—Mejor que nunca —respondió su padre.

Ella sonrió acercándose a ellos.

—Pensé que nunca iban a salir de allí, pero es lo mejor que les ha podido pasar.

—Tienes razón —dijo su madre poniéndose a su lado—, solo nos apena que hayas venido en vano.

—A mí no, mamá —repuso ella aliviada de no tener que coser ningún vestido para Eveline.

—¿Y qué hay de esa señora? ¿En serio se conocen? —la cuestionó mientras su padre se hallaba enfrascado en que la manivela girara para que la aguja y la lanzadera diera en el punto.

—Ella es la mejor cliente de la tienda —respondió.

—Pero es un poco rara.

—También me lo parece —añadió su padre. Y todos se echaron a reír—. Necesitaré un poco de aceite —agregó.

—Yo voy —manifestó Josephine tomando su sombrero y su bolsa.

Al salir a la calle empedrada, el verano no se había ido, pero las tardes habían empezado a refrescar con la inminente llegada del otoño. Ella caminó respirando hondo, pensando en que no había podido volver a ver a Nicholas. Ya que se habían marchado de allí, quizás tampoco volvería a verlo. Cuando le preguntó si lo había extrañado, habría querido decirle con palabras que eso era lo que había estado haciendo todo ese tiempo.

Llegó a la tienda y justo cuando iba a preguntar por el aceite para engrasar, un alto caballero se puso a su lado. No tuvo necesidad de reconocerlo, era Nicholas, quien vestía ropa informal y un gran sombrero de fieltro de ala ancha, en su cabeza.

Él se ladeó para mirarla y guiñarle un ojo, pidiéndole que no lo delatara. Ella compró el aceite y, una vez se lo entregaron, salió de la tienda con él siguiéndole el paso a la dirección que ella tomara. Así fue guiándolo hasta los linderos de Bourne Wood, deteniéndose en un rellano de la ladera desde donde se podía admirar un hermoso brezal, aunque un poco seco por la temporada.

Allí se sentó quitándose el sombrero dejando a la vista su cabello largo que se mecía con el viento y Nicholas a su lado, como cuando lo hacían bajo el manzano que ninguno de los dos volvió a visitar.

—Pensé que te habías regresado —mencionó estirando sus largas piernas sobre el pasto.

—Debería hacerlo, pero me quedaré un tiempo con mis padres mientras se terminan de instalar en Guildford.

—¿Te molestó que mi madre los haya echado?

—¿Y a ti? —lo cuestionó ladeándose para mirar su rostro de mandíbula firme bajo el sombrero, porque no podía ver sus ojos.

—No, ¿pero te habría gustado si hubiera intervenido?

—Me habría molestado —admitió y ambos terminaron riendo—. Yo te extrañé mucho, Nicholas —le confesó, como si hubiera llegado el momento preciso para hacerlo.

Él siguió mirando al frente, pero ella se sobresaltó cuando sintió su mano grande arropando la suya.

—Me alegra escuchar eso, aunque nunca me escribiste —dijo sonando algo caprichoso, sin dejar de mirar al frente, hacia el ocaso que ya se atisbaba en el horizonte.

Ella quería decirle que sí lo hizo, pero la respuesta se le atragantó

en la garganta cuando él aplastó su mano grande de dedos largos sobre la suya, entrelazándolos.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó deseando escuchar la respuesta.

Ella sintió la intensidad de su mirada latiéndole en el costado, de inmediato supo que la estaba mirando, pero no se atrevió a verlo.

—Por ti —contestó causándole un estremecimiento en todo el cuerpo.

—Mentiroso, ha sido demasiado tiempo para que solo digas que has pensado en mí.

—¿Y si es cierto? —la cuestionó haciendo que esta vez sí lo mirara con los labios entreabiertos.

—Nicholas… —gimió su nombre cuando él alzó su mano y la llevó a sus labios.

—No importa si no me escribiste, porque yo imaginaba que me escribías poemas, pero mucho más lindos que los que le dedicaste a William.

—Esos eran horribles.

—Lo sé —admitió él empezando a besar su muñeca y su brazo, regando besitos hasta llegar cerca de su cara.

Pero Josephine jamás había hecho o experimentado nada como eso, ni con nadie, por lo que se asustó y el corazón le latió fuerte. Se puso en pie en el acto, mirándolo espantada. Pero él no dijo nada, porque sus ojos verdes claros como un pozo de agua cristalina, se vislumbraban un poco oscuros, como un abismo profundo al que podía caer con facilidad. Entonces reconoció que ya no eran niños, que leían cada uno en su mundo, sino que eran *adultos*, con deseos que ya no tenían nada que ver con la *ternura* y la *protección*. Por esta razón se armó de valor y huyó de allí. De él, aunque sabía que no iba a hacerlo para siempre.

Capítulo 23

Lady Ellinor Warfield decidió hacer su primera fiesta en su villa alquilada y, como era de esperarse, su primera invitada fue Josephine. Esta pensaba declinar, pero al final aceptó. Habían pasado tres días desde que se viera con Nicholas en aquel pastizal lleno de brezos, y desde ese momento, no lo había vuelto a ver.

Quizás se debía a los rumores que estaban circulando sobre un compromiso entre él y una dama de la región, de la que no se mencionaba el nombre. Desde que despidieron a sus padres, ninguno volvió por allí, ni siquiera para reclamar el dinero que les adeudaban, quien gracias a la ayuda de Josephine no lo necesitaron y poco a poco empezaron a poner a funcionar su taller. Aunque aún no estaban listos para colocar el cartel de "abierto".

—Tampoco creemos que sea buena idea que vayas, no queremos que empieces a levantar rumores por juntarte con esa mujer —le dijo su madre.

—Todo estará bien, la señora Warfield es de confiar.

—Lo dudo —prosiguió su madre—, además, no queremos que estropees tu futuro —añadió, y aunque su madre no mencionó a qué se refería con su comentario, ella no quiso saberlo porque intuía que

volverían con el tema de buscarle un esposo.

—Será mejor que me vaya —dijo, luego que avisaran de la llegada del coche que la señora Warfield había enviado para recogerla, todo esto debido a las condiciones que pusieron sus padres para cuidar su reputación, y que aceptó cuando le concedieron el permiso de ir a su primera fiesta.

Josephine no supo cómo la señora Warfield logró conseguir tantos asistentes; sin embargo, la mujer no solo era una buena anfitriona de bailes, si no que también, era una negociante nata, por lo que tampoco mostraba nada de arrepentimiento por haber instado a su sobrino a huir de allí. Aunque Josephine desconocía qué había encontrado de bueno en Survey para invertir.

El condado no estaba tan atrasado, y pese a la mala gestión de William, todavía se hacían notar. El carruaje la llevó hasta la villa donde la esperaba Ellinor, luciendo aquel vestido que le había confeccionado antes de su regreso a Walton Hill. Ella por su parte llevaba un discreto vestido de corte imperio y falda tubular en color amarillo pálido. La mujer apenas la vio la saludó con mucha alegría.

—Ya creía que tus padres te habían amarrado a la cama —le dijo con algo de burla.

—La verdad, estuvieron a punto de hacerlo —dijo haciéndola reír de forma aún más estrafalaria.

Después de ello la condujo al gran salón donde una orquesta amenizaba el convite en el que ya había muchos invitados, a quienes ella saludaba como si los conociera de toda la vida, siendo que podría haberlos visto dos días atrás. Fue así como terminó presentándola a varias damas que habían asistido y entre ellas Imelda y su hija, Catarina Brume, quien se acercó a ella.

—Sabía que ibas a venir, la señora Warfield nos aseguró que así sería —dijo la joven sonriéndole—. Me gusta mucho tu vestido

—añadió halagándola.

—Gracias, este corte está de moda desde el año pasado —le informó haciendo que Catarina abriera los ojos y le pidiera que le contara más.

Entonces ella aprovechó para informarle a modo de chisme, que estarían confeccionando todos esos diseños en el taller de sus padres, para que la información se regara. Lo que emocionó a la chica e hizo que lo supieran las otras damas, integrando a Josephine, aunque de una manera que la abrumaban. No obstante, sirvió para que ya no se sintiera tan cohibida, empezando a disfrutar del momento. Aunque en principio había pensado que Catarina Brume sería como otra Eveline, resultó todo lo contrario.

—Es una pena lo que le ocurrió a Eveline, pero fue su culpa —mencionó cuando ambas tomaban un poco de ponche rojo.

En ello estaban cuando entró al salón un inesperado invitado, Nicholas, vestido con su elegante uniforme y acompañado de otros dos compañeros oficiales. Lo que causó que la fiesta se detuviera y todos se centraran en ellos, o más preciso en él.

—¿Quién iba a creer que se volvería tan apuesto? —manifestó Catarina a su oído, espabilándola porque se había quedado mirándolo y él también.

Apartó su mirada para verla.

—Creo que nadie lo imaginaba, pero la guerra hace muchos estragos en los combatientes.

—En su caso ha sido para bien.

—¿Te interesa? —le preguntó cuando vio que ella lo miraba con una expresión deseosa en el rostro que la enojaron, aunque desconoció la razón.

Volvió a mirarle y él ya les daba la espalda, hablando con varios caballeros asistentes.

—¿A quién no le interesaría? Solo que habría que esperar ser la afortunada.

—¿Ya la hay? —le preguntó sin dudar de que Catarina supiera algo de los rumores que circulaban como corrientes de viento.

—Supongo que sí —adujo la chica, quien se disculpó para ir con su madre que la llamaba.

—¿Te diviertes, Josephine? —le preguntó Lady Warfield apareciendo a su espalda.

Ella se volteó hacia la anfitriona.

—Sí, creo que lo estoy pasando bien.

—¿Me harías un favor?

—Sí, claro.

—Creo que he dejado mi pendiente en el baño de mi tocador, ¿me lo traerías?

Quería decirle que no, pero pensó que con eso se daba un respiro ya que Nicholas estaba por allí cerca y aun con la distancia, la afectaba que compartieran el mismo espacio. Después de aquel día, ni siquiera sabía si quería alejarse de él, porque en el fondo deseaba lo contrario, causándole una contradicción.

—Ya se lo traigo —le dijo.

—Eres un amor, Josephine, así que tomate tu tiempo —repuso la mujer con una expresión ladina en la mirada que la hicieron resoplar.

De inmediato salió del salón para ir a por el bendito pendiente; sin embargo, cuando cruzó el pasillo para ir a la habitación, una mano fuerte la agarró metiéndola en otra estancia.

—¡Nicholas! —exclamó espantada tratando de apartarlo sin ningún éxito, cuando la llevó contra la puerta.

—Me pregunto por qué estás huyendo de mí —le susurró tan cerca de la cara que le erizó todo el vello de la nuca.

—N-No estoy huyendo —dijo ladeando la mirada.

—Yo creo que sí —adujo él, y cuando ella volvió a mirarlo para protestar, su boca se pegó a la suya causando que, al sentir sus labios, casi se le saliera el alma.

Capítulo 24

Josephine no cejó en su intento, sin embargo, los labios de él sobre los suyos le nublaron la cabeza, haciéndole temblar las piernas e imposibilitándola para seguir luchando contra el deseo que parecía haberse desbordado en ambos. Nicholas solo dejó su boca y de apretarse contra ella, haciéndole sentir toda su humanidad, cuando les faltó el aire.

—Te deseo como un loco, ¿lo entiendes, Josephine? —le dijo mientras le besaba el cuello y el oído, y después buscaba con su boca la parte descubierta de su pecho.

Ella respiró con fuerza cuando lo miró a los ojos.

—Yo también te deseo, Nicholas, pero no puedo evitar tener miedo —admitió tragando con fuerza. Entonces él relajó un poco su agarre y le sonrió tenue, tranquilizándola.

—No quiero asustarte, lo siento —declaró él bajando la mirada y enterrando su cara en su pecho.

—Lo sé —dijo ella abrazándolo.

Él le devolvió el abrazo con fuerza.

—Sabes lo que deseo, ¿verdad?

—Sí, y es muy atrevido de tu parte —repuso ella.

Nicholas levantó su cabeza, volviendo a besarla, estampando sus labios sobre los suyos hasta que le quitó el aliento.

—Quiero ser atrevido contigo, Josephine —declaró haciéndola casi hiperventilar.

—¿Podemos ir despacio? —le preguntó trémula.

Nicholas se le quedó mirando un momento hasta que contestó.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa satisfecha.

—Tengo una pregunta —añadió al recordar que aún debía llevar el pendiente a Lady Warfield.

—¿Cuál, mi amor?

—¿Planeaste esto con Lady Warfield? —le preguntó y él le sonrió apretado, con una expresión llena de picardía.

—Solo un poco de ayuda.

—¿Y cómo es eso posible?

Ella no lograba entender la conexión de los dos, por mucho que Ellinor se codeara con todo tipo de personas.

—La conocí en Londres.

—¿Estuviste allí?

—A mi regreso —aclaró—, unos amigos me hablaron de su fiesta y fui solo para distraerme un poco.

—¿Te distraes yendo a fiestas? —La pregunta lo hizo reír, por lo que volvió a besarla y esta vez lo alargó tanto que le volvieron a temblar las piernas.

—No, pero me gusta ir para poder beber un trago gratis.

—¿No tienes dinero para pagar uno? —Su pregunta parecía llevar algo de ingenuidad.

—Aunque no lo creas, algunas veces tuve que matar para beberme uno.

—¿Lo dices en serio? —preguntó espantada.

No era algo que quería imaginar en su cabeza, aunque no le

cabían dudas de que si había matado en la guerra más por una obligación de matar o morir.

—No, tampoco era una posibilidad lejana —adujo.

Ella le agarró las mejillas para que se concentrara en su cara.

—Será mejor que volvamos o empezarán a extrañarnos y será un problema para ambos.

—Eso no me importaría.

—¡Nicholas! —protestó sosteniéndolo por las mejillas mientras él llevaba sus manos a sus muslos y la impulsaba hacia arriba, empezando a agitarla con la presión de su cadera.

Tanto que le hizo abrir la boca.

—Muero por arrancarte ese vestido.

—Esta noche no —le dijo.

Él le sonrió negando, pero al final obedeció y la bajó, liberándola. Una vez tuvo sus pies en la tierra se arregló la ropa y luego la de él, para que no se viera desarreglado. Pero antes de que caminara hasta la puerta, la tomó de la mano atrayéndola con fuerza para besarla.

—Ellinor es una buena amiga, y me ha dicho que podemos vernos aquí sin causar problemas.

—Nicholas —susurró.

La idea de empezar a verse de manera furtiva la excitaba tanto como la escandalizaba.

—Prometo ir a tu ritmo, porque el mío es muy impetuoso —le declaró haciéndola jadear, al mirarla con un profundo anhelo, hasta que asintió.

—Está bien —dijo.

Después de llegar a un acuerdo para verse de forma clandestina, cada uno salió de la habitación volviendo a la fiesta por separado.

Capítulo 25

La descabellada idea de comenzar una aventura clandestina con Nicholas seguía asustándola y excitándola a partes iguales. No era algo que hubiese vivido con anterioridad, pero decidió que no lo haría con ningún otro que no fuera él. Se descubrió deseándolo como jamás desearía a otro hombre, porque hasta ese entonces, no le había dado la oportunidad a ninguno de ni siquiera agarrarle la mano como había dejado que lo hiciera Nicholas. Su cómplice y compañero de juventud.

Como lo había mencionado, la señora Warfield se había convertido en cómplice de ambos, sobre todo después de que terminaran hablando de la misma modista, Josephine Gray, como él le había relatado que fue su encuentro. Esto hacía ver a Ellinor como una buena alcahueta, puesto que no la juzgaba y menos la cuestionaba sobre lo que quería hacer. De allí que comenzara su idilio secreto, en el que con cada encuentro se iban conociendo más, sin llegar a ese punto de no retorno que atemorizaba un poco a Josephine.

—Seguro que debe estar espantada de mí —le confió a Lady Warfield cuando tomaban un poco de té, en la terraza soleada de su villa.

—¿Por qué lo estaría? Tienes derecho a divertirte como cualquier mujer.

—Pero esto no se trata de diversión, yo de verdad quiero a Nicholas —declaró.

—¿Y piensas que él también te ama?

La pregunta la hizo tragar con fuerza porque ninguno había hablado de amor.

—Es lo que creo.

—Yo solo veo a un hombre loco por una mujer, pero hasta dónde estés dispuesta a llegar con él, solo es decisión tuya. Y algo me dice que no es tan bruto para no entenderla.

—A veces me apena porque ha sido muy paciente, pero me asusta que mi falta de decisión termine alejándolo.

—Un hombre paciente es uno que sabe esperar por lo mejor, porque confía de forma ciega que no se arrepentirá de ello. Puede que suene romántico, pero al final, cada uno debe lidiar con sus decisiones. Sin embargo, las expectativas suelen volverse engañosas cuando están demasiado altas.

—¿Qué intenta decirme?

—Que no te hagas ninguna —respondió la mujer riéndose a carcajadas, porque la había dejado en el mismo limbo.

No obstante, ella sabía que no había ningún otro hombre al que quisiera entregarse completa que no fuera él. La tarde llegó y Nicholas con ella a su encuentro; como siempre que se encontraban cada martes y jueves para no levantar sospechas desde el último mes en que empezaron a citarse en la villa de Lady Warfield.

Acostados en la cama, Nicholas, fiel a su palabra de ir despacio, se detuvo de besarla y tocarla cuando sentía que no iba a poder contenerse. Por lo que se puso en pie y sacó del cajón un libro que la dejó anonadada.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó mostrándole una edición actualizada del libro de Coleridge—. Es para ti —añadió entregándoselo.

—¿Por qué me lo regalas?

—¿Debo tener alguna razón especial? —le preguntó en respuesta, haciéndole esbozar una sonrisa.

—No, solo me pregunto por qué has gastado dinero en una edición que ya tengo.

—Debe ser porque me dijiste que lo de afuera no importaba —repitió él aquella respuesta que le diera muchos años atrás—. Tenías razón, ¿verdad? —la cuestionó.

Josephine se incorporó sentada abriendo la página del libro en el poema de *El niño negro,* que tanto la había impactado.

—Sí —reafirmó.

—¿Y si volviera a verme como antes? ¿Me seguirías amando por lo que soy por dentro?

—Sí —volvió a reafirmar—, pero, ¿lo dices porque piensas volver a engordar?

—Para nada —se burló él y después calló su risa—. De todos modos, no podría volver a ser el mismo porque la guerra se llevó esa parte inútil de mí —añadió.

Josephine fue hasta donde él estaba recostado y se subió a horcajadas sobre él, causando que la mirara con mucha sorpresa cuando empezó a soltar el lazo de su blusa y se la sacó por la cabeza, dejándolo completamente anonadado. No obstante, había meditado que Lady Warfield tenía razón y muchas veces era mejor no hacerse expectativas y dejarse llevar por la corriente.

—Es...to —habló pero no dijo nada más cuando ella lo instó a que se quitara la camisa descubriendo su piel bronceada y con muchas de las cicatrices que le había dejado la guerra, como marcas

indelebles de su heroicidad—. ¿Estás segura? —le preguntó cuando ella puso la mano por encima de sus pantalones tocando lo que a él le palpitaba con deseo allí debajo.

Josephine solo asintió y fue suficiente para que Nicholas la tomara por los hombros y la llevara debajo de él, haciéndola suya hasta que empezara a oscurecer.

Capítulo 26

Los encuentros furtivos con Nicholas acabaron el siguiente mes, cuando Lady Warfield anunció su regreso a la capital. Aunque esto no desanimó a Josephine, quien cada día profundizaba su amor por Nicholas, y este también lo hacía de manera recíproca. Sin embargo, el viaje de Ellinor también coincidió con el de él, a quien habían convocado a la capital sus superiores.

Esto fue de conocimiento general en todo Survey, por lo que generó muchas expectativas sobre la razón por la que lo habían llamado de improviso. Josephine por su parte no podía ir con él porque sus padres habían reabierto su taller de sastrería y costuras y habían estado recibiendo muchas demandas de pedidos al saber que ella estaría confeccionando con ellos.

Hubiera podido regresar a Londres con el pretexto de retomar su trabajo con madame Larcher, pero le había escrito dos meses atrás cuando decidió quedarse a ayudar a sus padres y esta le envió una respuesta diciéndole que no se apurara y regresara cuando sus padres estuvieran de nuevo estabilizados. No obstante, el trabajo seguía llegando, aun después de la partida de lady Warfield quien dejó muy buena impresión en la región. Josephine se despidió de

Nicholas en la pradera de brezos, con la promesa de volver a buscarla una vez estuviera de regreso.

Eso sería dos semanas después; no obstante, pasado ese tiempo, él seguía sin regresar. Era un jueves en la tarde y se encontraba en el taller cortando unos patrones para un vestido. Estaba sola debido a que su padre había ido a entregar en su carreta varios pedidos de ropa para caballeros y su madre se encontraba en la casa preparando el almuerzo.

Cuando sonó la campanilla, pensó que eran clientes impetuosas que no hacían caso al letrero "cerrado", y no pudo evitar que las dos inesperadas mujeres entraran a su taller. Se trataban de lady Florence y lady Eveline, a quienes no esperaba volver a ver jamás.

—Si vienen a encargar un vestido, no hay cupo —les dijo a ambas mujeres sin levantar la cabeza de su labor.

—No venimos a hacer tales cosas, solo queremos hablar contigo —habló la condesa madre, a quien su bastón ya le parecía una tercera pata.

Josephine pensó que ambas habían envejecido en todo ese tiempo que había dejado de verlas. Las miró arrugando el ceño.

—Entonces hablen rápido, tengo demasiado trabajo.

—No lo dudamos, así que iremos al grano.

Ella se volvió, observándolas con sus manos en jarras sobre su cintura.

—Adelante —las instó.

Entonces Eveline dejó un paquete que traía en la mano sobre su mesa de costuras.

—Tómalo, es suficiente para que desaparezcas —le dijo haciéndola reír, porque, aunque no había visto el interior del paquete, intuía qué podría encontrarse allí viniendo de ellas.

—¿Qué significa?

—Es dinero, el suficiente para que te alejes de la vida de Nicholas —le respondió Lady Florence haciendo que Josephine frunciera el entrecejo.

—Lléveselo de vuelta, no lo necesito —masculló dándole la espalda a las dos mujeres.

Entonces sintió cómo Eveline le agarraba del brazo, haciéndole dar la vuelta y obligándola a agarrar el paquete luego de abrirlo y mostrarle que adentro había mucho dinero.

—Son mil libras, suficientes para ti. Tómalas y desaparece de nuestras vidas y deja de arruinarlas de una buena vez —chilló Eveline instándole a que las recibiera, pero esta se negó, dejando que resbalaran en el suelo.

—¿Qué está sucediendo aquí? —Su madre entró en el taller increpando a las dos mujeres, después agarró a Josephine, defendiéndola de manera protectora.

—Solo le estamos ofreciendo una salida a tu desvergonzada hija.

—Largo de aquí y llévense su dinero.

—¿Por qué no le cuentas a tu madre cómo has estado sonsacando a Nicholas, ya que no pudiste hacerlo con William? —la inquirió Eveline.

—¡Dije largo de aquí! —les gritó su madre.

—Nicholas se casará con Catarina Brume el próximo mes y no podrás hacer nada para impedirlo.

A Josephine le pareció disparatado lo que dijo sobre Catarina porque ella jamás había manifestado que estuviera interesada en casarse con él, y menos a Nicholas.

—Váyanse —las echó ella misma esta vez.

—¿Sabes por qué no ha regresado? Eso es porque está consiguiendo el permiso del Rey para casarse con ella.

Esta vez quien perdió la paciencia fue su madre, quien tomó el

paquete y se lo tiró encima, sacándolas ella sola de allí y cerrándoles la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó su madre.

—Estoy bien, mamá —respondió, aunque en el fondo no lo estaba.

***

Pasó la semana y Nicholas no regresó, y fue entonces cuando los rumores de boda entre Nicholas Ashworth y Catarina Brume, empezaron a circular como un chisme caliente, de boca en boca, acongojando a Josephine.

Capítulo 27

Josephine se sintió muy desanimada, y como en años anteriores, desestimó la carta que había pensado enviarle antes de siquiera empezar a escribirla. Decidió no hacerlo porque luego de confrontar a la señorita Catarina Brume cuando vino al taller, esta solo hizo silencio después de decirle que eso era lo mejor para todos. Le explicó que lo hacía para salvar a la familia de Nicholas, que cada día se hundía más en la quiebra debido a que William lo había despilfarrado todo y su suegro amenazó con no darles más préstamos. Por lo tanto, el matrimonio por conveniencia con Catarina los salvaría no solo del declive económico, sino también de la vergüenza. Nicholas estaba consciente de ello, por lo que, por esta razón y porque debía obedecer a su familia, fue que accedió a casarse con ella.

—Sé que te ama —le había dicho Catarina—, pero lo vuestro no puede ser porque no tienes nada que ofrecerle; al menos yo tengo mucho dinero.

—¿Así que te enamoraste del señorito Nicholas? —le preguntó su madre como un reproche.

—Mamá, no quiero sermones.

—Es por eso por lo que siempre te negaste a que tu padre y yo encontráramos alguien acorde para ti —insistió su madre mientras ella recogía cada una de sus cosas.

En eso estaba cuando dentro de una caja encontró acomodados todos los libros que le había regalado Nicholas, también el que le obsequió la profesora de Eveline tantos años atrás junto al nuevo que él le había donado. Dejó los otros guardados y puso el nuevo sobre la mesa. Quería dejarlo olvidado, pero se negaba a desprenderse de él, como cada vez que Nicholas le había dado un libro nuevo. Lo otro que encontró fue su cuaderno donde escribió aquellos tontos poemas por los que terminaron riñendo William y Nicholas. Lo siguiente que hizo con ellos fue echarlos al fuego de la chimenea. El otoño estaba cada vez más cerca y el frío en las noches arreciaba, por lo que se hacía necesario encender el hogar para calentar la casa.

—¿Por qué no la dejas en paz? Josephine ya tiene suficiente —dijo su padre interviniendo a su favor.

Ella le agradeció con un gesto. Entonces él caminó hacia ella y, agarrando el libro de la mesa, se lo puso en las manos.

—Como padres queremos lo mejor, pero a veces no entendemos muy bien las elecciones de nuestros hijos.

—¿Crees que puedo seguir confiando en Nicholas?

—Él no está aquí para desmentir nada, y depende de ti creer en todo lo que se dice o no.

—No la alientes a cometer más errores, Edmund —masculló su madre.

—Yo creo que nuestra pequeña Josephine no ha cometido ningún error —aseveró él haciéndole sentir un poco de calma.

Sabía que solo trataba de alentarla, pero, aun así, no dejaba de sentirse un poco defraudada por Nicholas, a quien siempre estuvo

esperando. Después suspiró hondo admitiendo que ella también tenía culpa de que siempre fuera así, y si todo lo que dijo Catarina era cierto, él no la buscaría jamás.

—De todos modos, me iré. Madame Larcher espera que lo haga. Aparte, por primera vez ha dicho que me extraña —prosiguió riendo algo tétrica.

—No olvides regresar a casa, cariño —le dijo su padre abrazándola.

Su madre también se puso en pie uniéndose al abrazo familiar.

Esa noche Josephine terminó de recoger sus cosas porque a la mañana siguiente emprendería su viaje rumbo a Londres. Tenía claro que volvería a casa, aunque no sabía cuándo lo haría. No obstante, su partida coincidió con la muerte del antiguo conde Lord Everet Ashworth, después de una penosa y desconocida enfermedad que lo mantuvo en el lecho por más de cinco años.

Esto hizo que retrasara su regreso, para ir con su familia al castillo para presentar sus condolencias, pero no les dejaron entrar a la propiedad, por lo que les dieron el pésame desde lejos. Después de ello, Josephine abordó su carruaje con destino a Londres.

Dos semanas transcurrieron desde su llegada a la capital y fue el mismo tiempo que le tomó retomar su trabajo como costurera de la élite londinense, en la tienda de madame Larcher. La más feliz de su regreso fue lady Warfield; sin embargo, debido a que se hallaba enferma no había hecho nuevos pedidos en la tienda, ni organizado sus famosas fiestas. Lo que hizo que Josephine se comprometiera a visitarla en su día de descanso, por lo que se preparó para hacer la visita llevándole una canasta con queso, uvas frescas y una botella de Dubonet, que sabía le encantarían.

Sin embargo, al llegar a la mansión, descubrió que Ellinor le había mentido con lo de su enfermedad simplemente para que fuera a su

casa y se encontrara de frente con un repentino invitado en la mansión: Nicholas. No obstante, Josephine apenas lo vio dejó caer la canasta y salió corriendo de allí.

Capítulo 28

De forma vana esperó que Nicholas no la siguiera, sin embargo, él fue tras ella como cuando la alcanzó en la pradera de brezos de Bourne Wood. No hacía ni decía nada para detenerla, sino que solo se limitó a mantenerse cerca. Al principio había salido corriendo, pero luego se cansó y terminó caminando todo el trayecto hasta su residencia en Holborn.

—¿Puedes detenerte de seguirme? —le preguntó cuando llegó hasta su puerta.

—No lo haré hasta que hablemos, Josephine.

—¿Y hay algo de lo que hablar?

—Sí lo hay —adujo él.

—¿Por qué hasta ahora? —preguntó haciendo que él exhalara con fuerza.

—Porque solo hasta este momento es que he podido resolver todo.

—¿Vas a explicarme por qué debes casarte con Catarina? —lo increpó haciéndole arrugar el ceño.

—No, porque la única persona con la que quiero casarme es contigo, Josephine —declaró él, y aunque por dentro le creía, no

dejaba de recriminarle que todo hubiera llegado hasta esa instancia.

Lo pensó mucho antes de dejarlo pasar, no obstante, al final, cedió y le dejó entrar siendo esa la primera vez que permitía a un hombre en su piso, desestimando el sermón que le daría la casera en la mañana.

—Bien, habla —le instó cruzándose de brazos.

—Ya me enteré de mi matrimonio con Catarina Brume. —Fue lo primero que expuso, haciéndole fruncir el ceño—. Pero eso no va a pasar.

—Si no lo haces tu familia caerá en la desgracia.

—Mi familia ya está en la desgracia —adujo él—, pero es cierto que puedo salvarla —añadió haciéndola suspirar.

—Entonces ¿qué haces aquí? Ve a cumplir con tu deber.

—Tú eres mi deber, Josephine.

—No juegues conmigo, Nicholas.

—No es un juego, pero pensé que ya lo habías visto en el libro de poemas.

—¿Qué debería haber visto?

—Mi propuesta, una que no le he hecho a nadie y esperaba que aceptaras.

—¿De qué hablas? —resopló la pregunta. Entonces él fue hasta la repisa donde había dejado la edición de poemas la tarde en que hicieron el amor por primera vez. Se lo entregó en la mano, abierto en la dedicatoria. Una que ella no había leído.

—¿Cuándo escribiste esto? —lo inquirió empezando a leer lo que decía.

Para Josephine, con mucho amor, quien me enseñó el valor de la espera. Y solo espero que acepte compartir lo que nos queda de esta vida y la otra si existe y si es necesario.

Leer eso la hizo resoplar una sonrisa.

—¿Qué es esta locura?

—Bueno, yo también quería escribirte palabras cursis y tontas que te hicieran feliz.

—Nicholas —suspiró aguándosele los ojos—. ¿Qué esperas que diga?

—Que sí —repuso él haciéndole reír a desgano.

—Si digo que sí… ¿Qué ocurrirá con tu familia?

—Te dije que sí tengo el poder de cambiar su situación, pero no como ellos lo desean.

—¿Cómo? —preguntó y él de inmediato procedió a mostrarle un papel que le hizo abrir los ojos al tiempo que leía cada letra donde se le nombraba el primer duque de Ashworth.

—¿El Rey te nombró duque?

—Sí, y el llamado al palacio fue por las quejas de mi hermano que llegaron al parlamento y empezaron a causar mucho ruido y descontento con su precaria labor en el condado. Sin embargo, dado a que soy quien sacó la cara por el legado de mi padre, dijo que no borraría lo que hizo mi padre, pero sí lo que ha hecho William, de allí que el título de mi padre ascendiera a duque y directamente a mí.

—¿Y sabes quién hizo las denuncias sobre el mal comportamiento de William?

—¿No lo imaginas? —le preguntó y por alguna no tan extraña razón se le vino el nombre de lady Ellinor Warfield a la cabeza.

—No, no lo imagino —dijo riéndose sintiendo que de nuevo se llenaba de felicidad.

Nicholas se acercó y le tomó la mano.

—¿Qué dices? ¿Aceptas quedarte a mi lado? —le propuso y Josephine ya se había quedado sin argumentos para responderle que no.

—Sí, acepto —dijo asintiendo muy convencida de su elección.

Fin

Epílogo

Nicholas y Josephine se casaron al finalizar el otoño, en una capilla de las afueras de la capital y solo en presencia de los padres de ella y sus amigos más allegados, entre ellos la infaltable lady Warfield, quien más tarde corroboró Josephine, había usado todo el tiempo que se quedó en Survey para recopilar información sobre la pésima gestión de William en el condado.

Con la ascensión de Nicholas al Ducado, el panorama cambió drásticamente para su familia. Su hermano terminó sin un título y, debido a esto, lady Barnett solicitó el divorcio, que obtuvo tres meses después, y se fue a vivir con sus hijos a casa de su padre. William, sin otra opción, se quedó haciendo trabajos de secretario para el ducado y sin ninguna deferencia, todo para no terminar en la calle y pagar las deudas a su suegro, además de la manutención de sus hijos.

El castillo de Walton Hill fue abandonado y devuelto al condado, puesto que Nicholas decidió no asumir los gastos de mantenimiento y tampoco deseaba hacerlo. Además, ninguno de los dos quería vivir en la propiedad, por lo que mudaron su residencia a Redhill.

En cuanto a su madre viuda y su hermana solterona, les permitió

vivir en la cabaña donde habitaron por años los padres de Josephine, y viviendo con la renta que se le asignó a su difunto padre y que Nicholas permitió que pasara a ellas para que no quedaran a la deriva y sin un centavo para vivir. Josephine evitó sentir pena por Eveline, ya que su destino lo decidió ella misma con su vanidad.

En cuanto a los padres de Josephine, siguieron con su negocio en Guildford, donde prosperaron cada año hasta convertirse en una famosa casa de costuras. Y en cuanto a la nueva duquesa, siguió desarrollando sus dotes de modista, solo que esta vez todos los encargos fueron para sus dos hermosas hijas, a quienes les leía todas las noches aquellas cartas que prometió escribirle a su padre cuando se fue a pelear en la guerra, pero que nunca le entregó. Esas cartas, sin embargo, terminaron convertidas en un hermoso libro de poemas que tituló: *A Nicholas con amor*, porque su destinatario al fin sí las pudo leer.

Agradecimientos

A Lola Gude, por siempre darle la oportunidad a mis letras y a sus excelentes correctoras por mimar y pulir mis manuscritos.

¡Un enorme saludo y muchas gracias!

¿Puede el anhelo de un corazón enamorado inspirar cartas llenas de pasión y sentimiento?



Josephine Gray ha estado enamorada de William Ashworth desde que tenía doce años, pero siempre fue consciente de que su amor jamás sería correspondido debido a sus diferencias de estatus.

Por este motivo, le escribe cartas que solo guarda en secreto y que, con el tiempo, estas solo quedan en un cajón olvidado. Diez años después vuelve a encontrarlas cuando regresa a su casa natal. Pero no solo se reencontrará con el pasado de un amor frustrado, sino también con Nicholas, el hermano menor de William y en quién nunca se había fijado porque le consideraba demasiado arrogante y solo la molestaba.

Sin embargo, Nicholas le despertará nuevos sentimientos y emociones incontrolables que harán volver a suspirar su corazón.

Y si decidiera escribir cartas una vez más, ¿se atrevería a entregarlas?

Y si lo hiciera, ¿serían respondidas?

Juliana Cartland es colombiana y nació un 11 de febrero en un bello pueblo de las sabanas de Córdoba. Es una observadora compulsiva de la vida, y de todo aquello que le pueda proporcionar las ideas que necesita para crear sus historias.

Bajo el seudónimo de Girl-chick escribe romance contemporáneo, un género con el que ha enganchado a la novela romántica a muchas personas que, desde hace más de ocho años, se han encariñado con sus historias.

Con el seudónimo de Juliana Cartland y su obra *Lecciones de amor para un duque egoísta* inicia su periplo en el romance de época.



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Juliana Cartland
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: KinoMasterskaya, AtlasStudio

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-74-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las cartas que Josephine jamás entregó
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Juliana Cartland
Créditos